

CAPITULO LXVIII

CONTINUACIÓN DE LA ESCUELA ROMÁNTICA, ETC., ETC.

Si Espronceda fué el verdadero inventor de la espléndida y original forma de la lírica en el romanticismo español, así como el Duque de Rivas tuvo la gloria de haber acertado primero que ningún otro en la creación del drama romántico moderno; justo es que empecemos este capítulo hablando de los que más en contacto estuvieron con el autor del *Diablo Mundo* y del *Estudiante de Salamanca*, como amigos íntimos y admiradores de su inspiración y talento.

Don Miguel de los Santos Alvarez, nacido en Valladolid el 5 de Julio 1817, estuvo unido siempre por confraternal amistad con Espronceda, participando de sus aficiones y siendo su compañero en las locuras de la primera mocedad.

Era Santos Alvarez joven de gran inteligencia y juzgaba, como Espronceda, que era preciso seguir los nuevos rumbos adoptados para la innovación fecunda de los ideales poéticos.

Publicó en 1840 el canto I de un poema titulado *María*, que ha sido pésimamente interpretado por algunos críticos, y con gran injusticia censurado por el P. Blanco García, quien le llama «humorista cáustico más aún que Espronceda, atacado, como de una monomanía, del menosprecio hacia todas las cosas humanas».

Don Juan Valera, que conoció á Santos Alvarez en su juventud y se pudo formar exacta idea de sus cualidades y de su ingenio, le ha defendido en sus últimos trabajos de crítica literaria, y por tener mucho de razonado lo que dice, extractaremos lo más interesante en defensa de aquel distinguido escritor.

«El más allegado (dice) á Espronceda fué don Miguel de los Santos Alvarez, cuyo natural ingenio, acendrado buen gusto y demás prendas de escritor y de poeta fueron, á mi ver, superiores á los de la mayoría de sus más ilustres y celebrados contemporáneos; pero cuya desidia, abandono, precoz desengaño de lograr como escritor fama y provecho y menosprecio desdeñoso de este provecho y de esta fama, hicieron punto menos que estériles aquellas prendas excelentes conque le había dotado el cielo.

Admirador sin reparo de su amigo Espronceda, siguió sus huellas, ó mejor dicho, se le adelantó en lo desordenado y extravagante. A pesar de todo, en lo poco que escribió Don Miguel, más bien como jugando y á ratos perdidos que con persistencia y seriamente, se advierten la marca ó el sello de un ingenio muy delicado y aristocrático que, sin la carencia de fe en su propio poder, hubiera producido los frutos más razonados y ricos. Tal vez tuvo Alvarez, para disculpar ó justificar su pereza, menos fe aún que en su ingenio, en el atinado criterio y en la afición del público á la buena literatura. La gloria que por la poesía se consigue le pareció tal vez más difícil y más vana que á Leopardi en el discurso tan desconsolador y tan escéptico que escribió sobre esta materia.

En el poema *María*, la extravagancia va más allá de lo inverosímil y frisa en lo absurdo... Como yo tengo la manga muy ancha,—sigue diciendo el señor Valera,—ora presumo que en la vida real todo es posible, ora me explico como simbólico ó alegórico el asunto del poema *María*, y decidido que está bien; pero esto no obsta para que jueces más severos que yo le califiquen de disparate.

Y, sin embargo, lo mismo que yo, no pueden menos de pensar estos jueces severos si por dicha sienten y comprenden la poesía, que la poesía se halla difundida y resplandece en no pocas octavas del poema con notable elevación y brío y con gran delicadeza de efectos. En la parte cómica hay en este poema trozos que son modelo y dechado de gracia espontánea, y de originalísimos y naturales chistes. La descripción de doña Tomasa es, en mi sentir, de lo más ameno y urbanamente desenfadado que en verso castellano puede citarse; y las irónicas alabanzas del universo visible, de los objetos que en él se ven y de la Providencia que los ha creado y los sostiene, son alabanzas aun irónicas, tan graciosas y tan sin hiel, que el más piadoso creyente, no sólo las perdona, sino las aplaude y las ríe, declarando que cuanto Mefistófeles dice á Dios, burlándose de sus obras en *El prólogo en el cielo*, no vale un pito y es soso y sin chiste comparado con lo que Alvarez dice.

Yo, sin embargo, considerándolo más reposadamente, hallo mucho parecido entre lo que expresan no pocos libros ascéticos y místicos sobre el menoscabo del mundo y lo que Alvarez expresa con graciosa ironía en sus celebradas, á par que condenadas octavas... El mundo es mirado como uno de los tres enemigos del alma. Lícito y hasta plausible es, pues, cuanto se diga en vilipendio suyo. Y, por otra parte, las irónicas alabanzas de Alvarez no implican en realidad gran vilipendio. Más bien presuponen que el poeta halla mezquinos é insuficientes todos los goces y deleites que el mundo ofrece, pobres para nuestro amor y nuestra admiración el espectáculo y el logro de su pompa y de su hermosura, y ruin é inadecuada toda su riqueza para estimular nuestra codicia y aquietar con su posesión el infinito anhelo del alma.»

Es manifiesta equivocación querer dar como misántropo y pesimista al gran amigo de Espronceda; fué precisamente todo lo contrario. El sentido de los versos sarcásticos que tanto disgustaron al P. Blanco García no se puede interpretar

en otra forma que como lo hace Valera; y haciéndolo así, no puede ser censurado, sino que es merecedor de alabanzas aquel ingenio tan discreto como entendido, y tan modesto como conocedor del mundo, de ilustración copiosísima y que con tanta gracia y delicadeza trataba los asuntos, con rasgos seductores de nativa originalidad.

¡Cómo revela la ternura de su corazón bueno y caritativo esta hermosa composición!

¡POBRES NIÑOS!

No llores, niño inocente,
 Porque el tapiz de tu lecho,
 En mil harapos deshecho
 No conserve tu calor.
 No llores, no, si una madre
 Tienes, que en su seno amigo,
 Ofreciéndote un abrigo,
 Te acaricia con amor!
 ¡Eres más feliz que el huérfano
 Que duerme en cama suntuosa
 Sin que sus labios de rosa
 Cierre el beso maternal;
 Que mientras él se desvela
 Sin que le aduerma un cariño,
 Tú le encuentras, pobre niño,
 Y hallas alivio á tu mal!

¡Él no, y es un inocente
 Como tú, y es tan hermoso
 Como tú, y tan candoroso:
 Los dos vivís una edad!
 ¡Y los dos lloráis; tú, pobre,
 Lloras temblando de frío,
 Y el otro llora, ¡hijo mio! ..
 Sin saberlo, su orfandad!
 ¡Ah! no lloréis, mis queridos,
 Que hay para los dos un cielo,
 Para los dos un consuelo,
 Un manto para los dos!...
 ¡Hay una Virgen que vela
 Por los niños desgraciados,
 Y deja á los fortunados
 Para que los vele Dios!

No es esta sola la composición que avalora los dulces sentimientos que abriga el poeta. Tiene otras muchas que compiten con ella en tiernos afectos.

Ni podía ser por menos tratándose de un hombre de singular gracejo en su trato social, que no conoció nunca la envidia y cuyas distintivas cualidades fueron la indulgencia y la bondad.

Rasgo significativo de su carácter era efectivamente el optimismo, como asegura Valera, quien le conocía en la intimidad de toda su vida; y éste fué siempre el rasgo principal, no sólo del poeta ó del escritor, sino del hombre; lo mismo cuando joven que cuando viejo, ya como particular, ya en la importancia de la vida pública.

En los 75 años que duró su existencia, pues murió en Madrid el 15 de Noviembre de 1892, no se creó ningún enemigo. Basta leer los tres interesantes tomos de sus *Tentativas literarias* para comprender lo que valía y significaba don Miguel de los Santos Alvarez como escritor, como poeta y como hombre.

«Inclinado se sentía siempre (dice Valera) á disculpar, á perdonar y á hacer gracia. Cuando fué Consejero de Estado, si se hubiera dejado llevar de su pasión y de su benevolencia, y si todo hubiese dependido de su consejo, hubiera sido indultado todo reo que solicitase indulto y convertido en Conde ó en Marqués todo labrador, mercader ó fabricante que lo pretendiese.»

Desde 1840, en que había conocido Valera á don Miguel de los Santos Alvarez,

cuando estuvo en Cawatraca en compañía de Espronceda, se profesaron amistad entrañable. Encantaba á Valera la originalidad delicada y fina de su ingenio y de su carácter.

«Yo tuve siempre á Alvarez, — son palabras del justipreciador de aquel feliz ingenio, — por un extraño anacoreta que andaba de tertulia en tertulia, como los antiguos padres del yermo por los andurriales de la Tebaida, y que lejos de ser pesimista en el fondo, transformaba en deleite estético la más honda melancolía y el más intenso dolor, por obra y gracia del barniz poético que les prestaba y por su beatífica conformidad con la voluntad del cielo. Estúdiense bien los siguientes versos y pronto se notará que en el dolor de que en ellos se habla se oculta un placer refinado: algo como suave aroma de bálsamo anodino:

¡Qué triste compañero,
Pero qué fiel es el dolor! No deja
Solo jamás al triste que acompaña:
De su aurora solícito lucero,
Estrella de su noche que la baña
Con luz que hasta en sus sueños se refleja.»

Ha sido también muy pobremente juzgado por el P. Blanco García, don Antonio Ros de Olano, quien merece que se le considere en atención á sus verdaderos méritos.

Don Antonio fué, como Santos Alvarez, entrañable amigo y admirador de Espronceda.

Fué el primero que expresó su incondicional elogio en el prólogo con que se dió á la luz pública *El Diablo Mundo*.

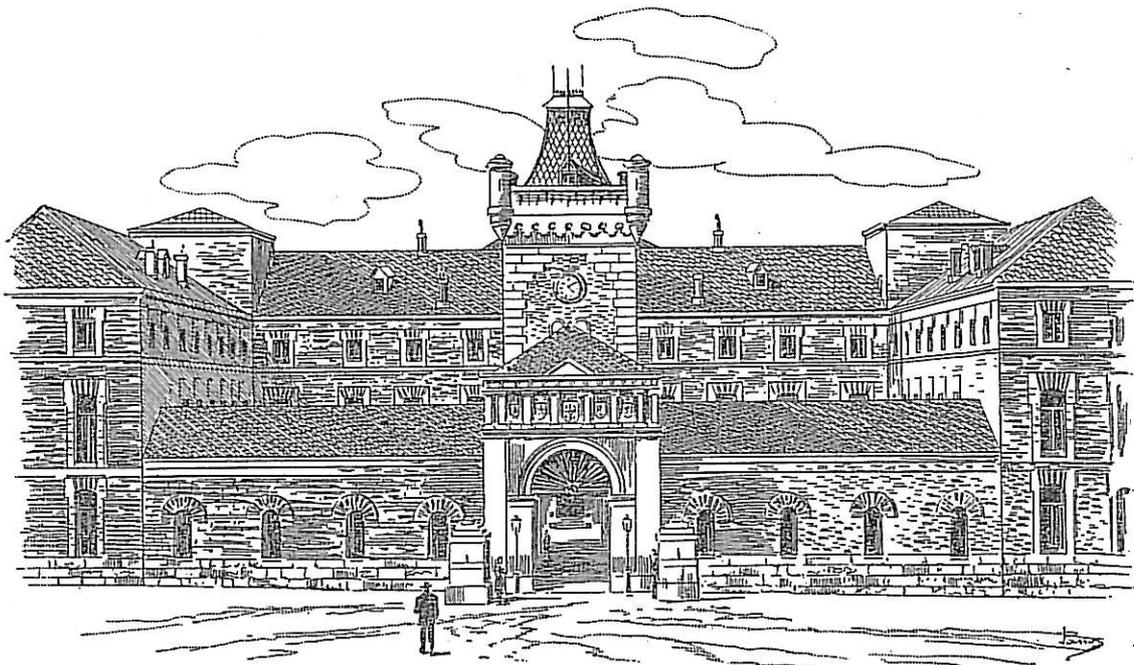
Sobre el argumento de la grandiosa obra y sus esplendores de inspiración se le ocurren ideas atrevidas y originales que demuestran al mismo tiempo que su excelente criterio su perspicacia en asuntos poéticos y literarios.

«La variedad de tonos (decía el elogiante) que á su arbitrio emplea el poeta, tonos ya humildes, ya elevados, áridos ó festivos; placenteros, sombríos, desesperados é inocentes, son como la faz del mundo, sobre la cual está condenado á discurrir su héroe. Esa *sinuosidad* del *Diablo Mundo* es la superficie de la tierra: aquí un valle, más adelante un monte, flores y espinas, aridez y verdura, chozas y palacios, pozas inmundas, arroyos serenos y ríos despeñados.

Espronceda, en la poesía, con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificación. Antes, *la armonía imitativa* estaba reducida á asimilar en uno ó dos versos el galopar monótono de un caballo de guerra, por ejemplo; y hoy nuestro aventajado poeta expresa con los tonos en todo un poema, no sólo lo que sus palabras retratan, sino hasta la fisonomía moral que caracteriza las imágenes, las situaciones y los objetos en que se ocupa... Esta es *la armonía del sentimiento*, llevada á la perfección por el sentimiento íntimo y delicado del que escribe.»

Como escritor en prosa tuvo graves defectos Ros de Olano, pues muchas veces

por el prurito de ser original en el concepto, concluía por ser incomprensible. Su método expositivo pecaba de obscuro y en la manifestación de pensamientos y pasiones llegaba á lo nebulosamente psicológico, simbólico y hasta inexplicable. Su *Doctor Lañuela*, al que tanta importancia extérica ha querido dársele,



MADRID — La Cárcel Modelo.

en realidad es un verdadero enigma para los que buscan en una obra literaria, no tanto las rarezas en el modo de ser, pensar y hablar, como la expresión llana de los pensamientos y la claridad de las frases y de las palabras. Hay, sin embargo, trabajos suyos en prosa muy notables, como lo son algunos de sus discursos.

Fué notabilísimo poeta lírico, y ha dejado muchas composiciones que revelan su gran gusto literario, su profundo y amplio conocimiento de la sociedad y de la vida.

Aunque nacido en Caracas en 1808, desde que tuvo 5 años residió en España, y en Madrid murió con alto prestigio militar el 23 de Julio de 1886.

Es muy hermosa su poesía

EN LA SOLEDAD

I

¡Madre naturaleza!... Yo que un día,
 Prefiriendo mi daño á mi ventura;
 Dejé estos campos de feraz verdura,
 Por la ciudad donde el placer hasta,
 Vuelvo á ti arrepentido, amada mía,
 Como quien de los brazos de la impura

vil publicana se desprende y jura
 Seguir el bien por la desierta vía.
 ¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
 Si árboles, flores, pájaros y fuentes
 En ti la eterna juventud reparte,
 Y son tus pechos los alzados montes,
 Tu perfumado aliento los ambientes,
 Y tus ojos los anchos horizontes?

II

Mas precio en este valle pobre aldea,
 Términos de mi vida peregrina,
 Despertar cuando el alba matutina
 Las copas de los árboles menea,
 Y al volver de mi rústica tarea,
 Hora, en la tarde, cuando el sol declina,
 Mirar desde esta fuente cristalina
 El humo de mi humilde chimenea.
 Que en la rodante máquina lanzado
 Cruzar como cétella por los montes;
 Pasar como relámpago el poblado,
 Robar al fin al péndulo un segundo,
 Y en pos de los finitos horizontes,
 Sentir la *Nada* al abarcar el mundo.

III

Hay junto á la ventana de mi estancia
 Un laurel de la sombra protegido,
 En donde guarda un ruiseñor su nido
 Apenas de mi mano á la distancia:
 Y entre el verde follaje y la fragancia
 Celoso, ufano, amante, requerido,
 Dice su amor con lánguido quejido
 Y dulce y elevada consonancia.
 Las horas de la noche una tras una
 En sigilosa hilera huyendo el día,
 Siguen el curso á la encantada luna...
 Y en esta soledad, el alma mía
 Goza, sin envidiar cosa ninguna,
 De su quieta y feliz melancolía.

IV

¿Qué fueron al gran Carlos sus hazañas
 En la celda de Yuste recogido?
 Él quiso relegarlas al olvido,
 Y ellas emponzoñaban sus entrañas.
 Suele el que nace humilde en las cabañas
 Dejar su techo, y olvidar su ejido,
 Por el lucro del mar embravecido,
 Por el sangriento lauro en las campañas.
 Mas al recto varón que honró su historia,
 Sin codiciar fortuna envilecida,
 Ni envidiar de los Césares la gloria,
 Un apartado albergue le convida
 A esperar sin tormento en la memoria
 La breve muerte de su larga vida.

Espíritu original y de profundas inspiraciones fué el escolapio don Juan Arolas, nacido en Barcelona el año de 1805, pero criado y educado en Valencia, donde desde su más temprana juventud demostró felices disposiciones para el cultivo de la poesía. Dominóle al principio el gusto antiguo; pero sus lecturas de los más famosos cultivadores del romanticismo inglés, francés y español, sedujo su ánimo de tan afectuosa manera, que llegó á ser uno de los más famosos propagadores de las novísimas formas, para lo que le favorecieron poderosamente su volcánica imaginación y las vehementes pasiones amorosas que conturbaron su alma.

Quizá contrariedades de un cariño no correspondido le llevaron al sacerdocio; pero su corazón, torturado por el desengaño, le hizo infeliz, y en todas sus poesías descuella siempre la nota más vibrante de erotismo.

Escribió una leyenda el año de 1837 en Valencia, que tituló *La sílfide del acueducto*, obra mirada siempre con gran prevención por sus mismos compañeros. Realmente, el pensamiento generador de la obra es contrario al espíritu monástico, aunque en la verosimilitud del argumento no hay nada de imposible.

El hace referencia á una tradición que había circulado mucho entre los monjes de Porta Cœli. Una mujer, atraída por el amor, había conseguido penetrar en el monasterio, para lo que tuvo que pasar antes por el contiguo acueducto con riesgo de perder la vida. Ha habido quien se ha opuesto á la verdad de dicha tradición; pero sea de ello lo que se quiera, dentro de los mismos hechos históricos, son muchos los casos que han ofrecido varios autores católicos de cosas inmorales, mucho más espantosas en los conventos antiguos de España y aun en los del tiempo de Carlos IV. Y pueden consultar sobre esto las personas aficionadas á los estudios históricos la gran obra documental y crítica de *La Inquisición española*, que escribió el sabio don Juan Antonio Llorente, y la *Vida literaria*, que publicó el docto eclesiástico don Juan Lorenzo Villanueva.

Todas las poesías de Arolas, lo mismo las religiosas, que las que cantan amores, así las que describen escenas caballerescas como las que ofrecen aventuras de galanes y damas, tienen un sello de inspiración inconfundible.

Pero donde fué superior á todos en riqueza de imaginaciones, brillantez de conceptos, hermosura de descripciones y profusión de lujosos y espléndidos atavíos, fué en sus composiciones llamadas orientales, con las que llegó á crear una innovación dentro del romanticismo, en la que no ha tenido imitadores. Hay que admirar á este gran poeta, por el estro, por el dominio del arte, por su fecundo y soberano ingenio.

Habiendo perdido la razón, murió en Valencia don Juan Arolas, dejando renombre inmortal, el 23 de Noviembre de 1849.

Su más notable biógrafo ha sido don José R. Lomba.

Y don Juan Valera le ha dedicado páginas de cariñoso afecto en su *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*.

¡Qué magnífico modelo de poesía es el siguiente!:

SÉ MÁS FELIZ QUE YO

Sobre pupila azul, con sueño leve,
 Tu párpado cayendo amortecido,
 Se parece á la pura y blanca nieve
 Que sobre las violetas reposó:
 Yo el sueño del placer nunca he dormido:

Sé más feliz que yo.

Se asemeja tu voz en la plegaria
 Al canto del zorzal de indiano suelo
 Que sobre la pagoda solitaria
 Los himnos de la tarde suspiró:
 Yo sólo esta oración dirijo al cielo:

Sé más feliz que yo.

Es tu aliento la esencia más fragante
 De los lirios del Arno caudaloso
 Que brotan sobre un junco vacilante
 Cuando el céfiro blando los meció:
 Yo no gozo su aroma delicioso:

Sé más feliz que yo.

El amor, que es espíritu de fuego,
 Que de callada noche se aconseja,
 Y se nutre con lágrimas y ruego,
 En tus purpúreos labios se escondió:
 Él te guarde el placer y á mi la queja:

Sé más feliz que yo.

Bella es tu juventud en sus albores
 Como un campo de rosas del Oriente;
 Al ángel del recuerdo pedí flores
 Para adornar tu sien, y me las dió:
 Yo decía al ponerlas en tu frente:

Sé más feliz que yo.

Tu mirada vivaz es de paloma;
 Como la adormidera del desierto,
 Causas dulce embriaguez, huri de aroma
 Que el cielo de topacio abandonó:
 Mi suerte es dura, mi destino incierto:

Sé más feliz que yo.

Figuró también entre los poetas más románticos don Nicomedes Pastor Díaz, nacido en Vivero, provincia de Lugo, el 15 de Septiembre de 1811. Le estimó como poeta don Manuel José Quintana, y le protegieron como político el general Latorre y don Francisco Javier de Burgos. Había estudiado la carrera de leyes en las universidades de Santiago y Alcalá de Henares.

Era persona de suma ilustración y en extremo melancólico, por lo cual su romanticismo tiene cierto aspecto lúgubre y pesimista. Parece que la desgracia más implacable se había ensañado en él, según las mismas quejas que lanza en algunas composiciones, aunque más bien pueden ser exageraciones de su carácter que efectos de la realidad.

Desde que se dió á conocer muy joven como poeta

Vió que el mundo era un árido vacío,
 El bien una quimera...
 Quiso admirar del mundo la hermosura
 Y halló doquiera el mal. De amor ardía

Viendo una vaga niña andar flotante
 Allá en el fondo, con mi mano insana
 Dividía el cristal en mil pedazos
 Por querer estrecharla entre mis brazos...
 Pimpollo de los álamos frondosos,
 Blanco lirio brotado con la aurora,
 Ave nueva de pluma encantadora,
 Mariposa de huertos oscuros,
 Luna de los estíos más hermosos,
 Del agua peregrina moradora,
 Encanto de mi alma... ¡Tú, hija mía,
 Eras aquel amor que yo sentía!

Deberíamos aquí hablar de los indisputables méritos que, como excelsa cultivadora de la escuela romántica, ha dejado doña Gertrudis Gómez de Avellaneda en el parnaso español. Pero podemos excusarlo por haber dicho de aquella ilustre poetisa cubana cuanto tendríamos que repetir ahora, y ya quedó consignado en el capítulo XLV de esta obra.

Además, hemos de ocuparnos en otros lugares de otras notabilísimas manifestaciones literarias de la gran escritora.

En pocas palabras condensaremos el juicio que como lírica ha formado Valera de la señora Gómez de Avellaneda. Según su docto criterio, con el entusiasmo poético que produjo en España el romanticismo, adquirió también nuestra literatura, en cierta clase ó género, joyas de más alto valor que nunca. Se refiere á la poesía lírica escrita por mujeres.

«Si prescindimos de Santa Teresa (dice) cuya religiosa inspiración hasta en verso la encumbra sobre las demás, nunca habíamos tenido tan inspiradas, elegantes y originales poetisas como doña Carolina Coronado y doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Ambas descuellan por su indisputable mérito, sin que atine yo á declarar cuál de las dos merece ser preferida. Creo á la Avellaneda más diestra, más docta, dirigiendo mejor en sus composiciones el vuelo de la fantasía por el reflexivo criterio y templando mejor también el fuego de la pasión con el magisterio del arte; pero en cambio es la Coronado más sincera, más espontánea, más original á veces ó siempre más mujer, ó sea menos parecida en cuanto escribe á los hombres poetas, representando en suma más distinta y exclusivamente *el eterno femenino.*»

* * *

EL ROMANTICISMO TRADICIONAL Y LEGENDARIO.—DON JOSÉ ZORRILLA.

LA GRAN POPULARIDAD DEL POETA.

Despertó tanto entusiasmo Zorrilla desde que leyó su primera poesía en el cementerio donde iban á dar sepultura al cadáver del desgraciado Larra, que uno de los que asistían al acto, el distinguido vate y escritor don Nicomedes Pastor Díaz, lleno de emoción, ha dicho: «Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios, y la des-

colorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes. Cumplido ya nuestro deber, un encanto inexplicable nos detenía en derredor de aquel túmulo; y no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entonces el señor Roca de Togores, levantando pensamente de su alma el peso de dolor que la oprimía, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz: Larra se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados días...»

Ni la amistad, ni la contemplación de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, ni la vista de aquel cementerio, la inauguración de aquella tumba, la serenidad del cielo, ni la voz elocuente del amigo que hablaba; «no era nada de esto (añade Pastor Díaz), ó más que todo esto, ó todo esto reunido para elevarnos á aquel estado de inexplicable magnetismo en que en una situación vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes.

» ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábelo el cielo y aquellas tumbas), y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiración que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra aflicción, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en común concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros.

» Entonces, de en medio de nosotros, y como si saliera de bajo aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un joven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oír una voz que por primera vez sonaba en nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos unos versos que llevaba y que el señor Roca tuvo que arrancar de su mano, porque, desfallecido á la fuerza de su emoción, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo; y así que supimos el nombre del dichoso mortal, que tan nuevas y celestiales armonías nos había hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiración religiosa de que aún estábamos poseídos, bendijimos á la Providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre Larra á la mansión de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos y proclamando con entusiasmo el nombre de Zorrilla.»

Desde el 13 de Febrero de 1837, adquirió fama merecida el enaltecedor de Larra. Uniéronse dos nombres desde aquel instante. El del primer crítico español de aquel tiempo, don Mariano José de Larra, y el del primer poeta español hasta su muerte, don José Zorrilla. Los dos han sido glorias de la literatura patria en el siglo XIX.

Aunque la primera poesía que leyó Zorrilla ante el cadáver de Larra tenía verdadera inspiración y gran sentimiento, hay que reconocer que más bien fué tan extraordinariamente aplaudida y celebrada por las circunstancias que concurrieron, que por el mérito superior y realmente intrínseco de aquellos melancólicos versos, entre los que hay no pocos descuidados y malos.

La versificación de Zorrilla tuvo muchos defectos en los principios. El inmortal Lista, que fué siempre el gran crítico nacional, no el censor ni el preconizador de determinadas escuelas, que á cada cual lo enaltecía en la debida proporción de sus merecimientos, fué el que más acertadamente le juzgó desde los primeros instantes, cuando todavía duraba la efervescencia delirante que produjo su aparición:

Al razonar Lista su dictamen crítico respecto de los tomos 4.º y 5.º de las *Poesías de don José Zorrilla*, publicados en Madrid en 1839, decía el egregio Maestro:

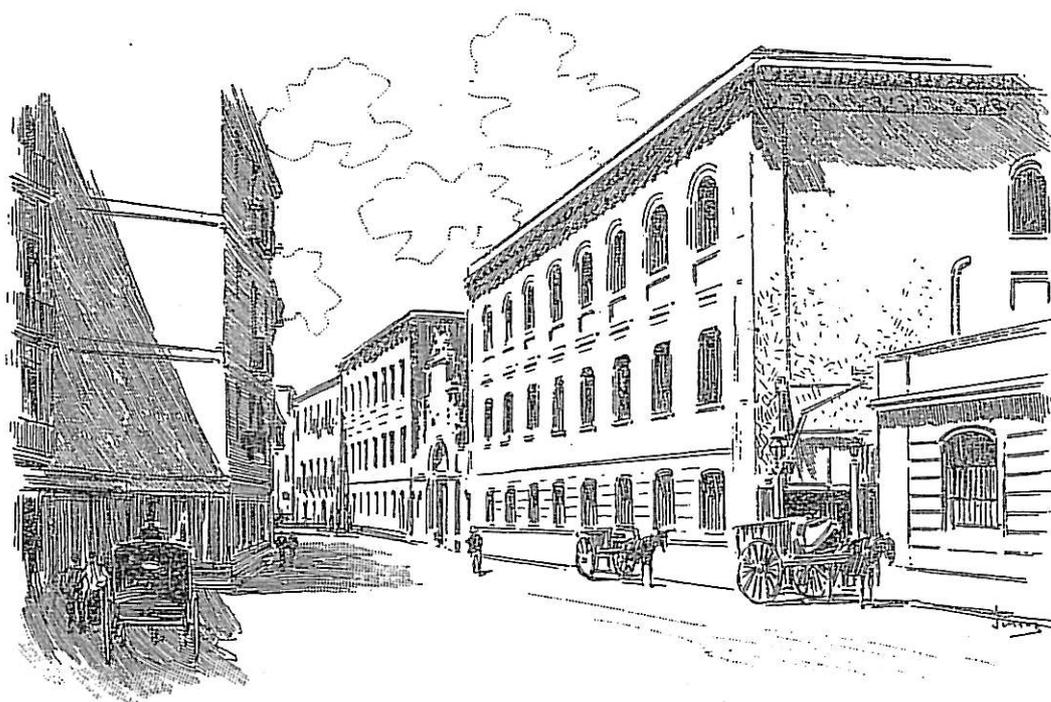
«Es imposible leer este poeta sin sentirse arrebatado á un mismo tiempo de admiración y de dolor. Pensamientos nobles, atrevidos; sentimientos sublimes ó tiernos; versificación armoniosa igualmente que fácil, excitan naturalmente la admiración. Pero ésta no puede llegar nunca al entusiasmo, porque, cuando en alas de la idea quiere volar nuestra fantasía hasta el Empíreo, una expresión incorrecta, una voz impropia, un sonido duro, ó bien un galicismo ó un neologismo insufrible nos advierte que estamos pegados al fango de la tierra, como ahora se dice. En calidad de españoles nos causa sumo sentimiento ver deslustrado el esplendor de uno de los más eminentes genios de nuestra época, por no querer someterse á una de las condiciones necesarias del poeta, que es la buena elocución. Nos parece un Apeles ó un Ficiano descuidando el colorido ó las leyes del claro obscuro.»

Examina después cuál podía ser el origen de semejante negligencia. En la anarquía de las ideas literarias, entonces tan en boga, no le parecía á Lista imposible que alguna hubiera fascinado la mente del autor, obligándole á seguir un sistema tan funesto. Sospechaba si había querido imitar la manera de Lope, *manchar la tabla aprisa*, y dejar al lado de rasgos sublimes ó admirables por su ternura borrones indignos del genio. Creía tal vez que podría haber influido en sus propósitos pensar que las sombras incorrectas darían mayor realce á las figuras bien acabadas. Hasta se dió á entender que el cuidado de la gramática y el estudio de la lengua eran trabas de que el poeta debía desembarazarse, ó bien que desfigurar el idioma podía ser un medio de enriquecerlo.

«No podemos (palabras de Lista) atribuir este defecto á la escuela del romanticismo actual, tanto porque sus caudillos en Francia no se han libertado nunca del yugo de la gramática, más pesada mil veces en la lengua francesa que en la castellana, como porque existen entre nosotros muchos poetas pertenecientes á la misma escuela, y que, no obstante la libertad que se toman en sus raptos de imaginación, no se atreven sin embargo á traspasar los límites que el lenguaje poético, ya formado, ha impuesto á las licencias del genio. A ignorancia no puede

achacarse, porque muchos pasajes prueban que el Sr. Zorrilla conoce como el que más los recursos del estilo y del lenguaje de nuestra poesía. No queda otro arbitrio que el de atribuir las frecuentes incorrecciones que afean sus mejores versos á alguno de los falsos sistemas ya indicados, ó á otra idea, que no conocemos, tan falsa como ellas.»

Pero á pesar de todos los defectos que la versificación de Zorrilla contiene, lo mismo en sus comienzos que al declinar de su vida, aquella inspiración tan rica, tan admirable, tan propia, pródiga y genuina que le impelía siempre hacia las cumbres de la gloria, ha conservado para admiración de la posteridad sus incomparables obras, no siempre perfectas, aunque revestidas otras de tan es-



CADIZ — Fábrica de tabacos.

pecial originalidad que sus bellezas superan y sobreabundan entre sus numerosos desaciertos, errores é impertinencias.

Por eso fueron sus acentos siempre aplaudidos y admirados, no obstante la suma rectitud de los juicios de Lista. El admirador de Zorrilla, Pastor Díaz, todo lo veía de color de rosa, hasta sus manifiestas imperfecciones en muchos casos. Conviene recordarlo así porque revelan estos diversos pareceres disparidad de criterio entre los hombres más doctos al endiosar ó discutir á Zorrilla en los primeros años de escribir para el público, del 37 al '40.

Son diversos los aspectos bajo que se ha considerado la intención primordial en la labor poética de Zorrilla.

La poesía dominante en su tiempo, como ha dicho Pastor Díaz, poesía de

vértigo, de vacilación y de duda, poesía de delirio ó de duelo, poesía sin unidad, se hacía escuchar y encontraba simpatías «porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unísona, y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo».

Y Zorrilla empezó, y no podía menos de empezar, por este género. Hijo del siglo,—dice el escritor citado,—pagó también su tributo de lágrimas; pasó bajo el yugo de su tiranía; lloró también á solas y dió al viento sus sollozos; golpeó su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba; forcejeó por quebrantar cadenas que no son lazos; invocó el auxilio de un Dios y renegó del cielo; cantó el éxtasis de los bienaventurados y saludó á la reina de los ángeles, y hasta lanzó gemidos de desesperación infernal y llamó en su socorro la muerte y la nada.

»Y cuando la fuerza expansiva de la inspiración, arrancándole de su individualismo, le lanzó á más ancha esfera y le hizo recorrer á pesar suyo la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedía el oropel de la civilización, sino que, intuitivamente penetrantes, bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver más allá, bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería, pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo presa ya de la gangrena y de la muerte.»

El instinto perspicaz de su inspiración le presentó el mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganización y fealdad. Y arrebatando á tal vista, según se cree, de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica con que el hombre en el último extremo de desesperación y miseria, escarneciendo á los demás y á sí mismo, pregunta al cielo, como burlándose, qué es lo que tal desorden significa, duda si se debe tomar en serio la suerte de la humanidad, mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amargas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgía.

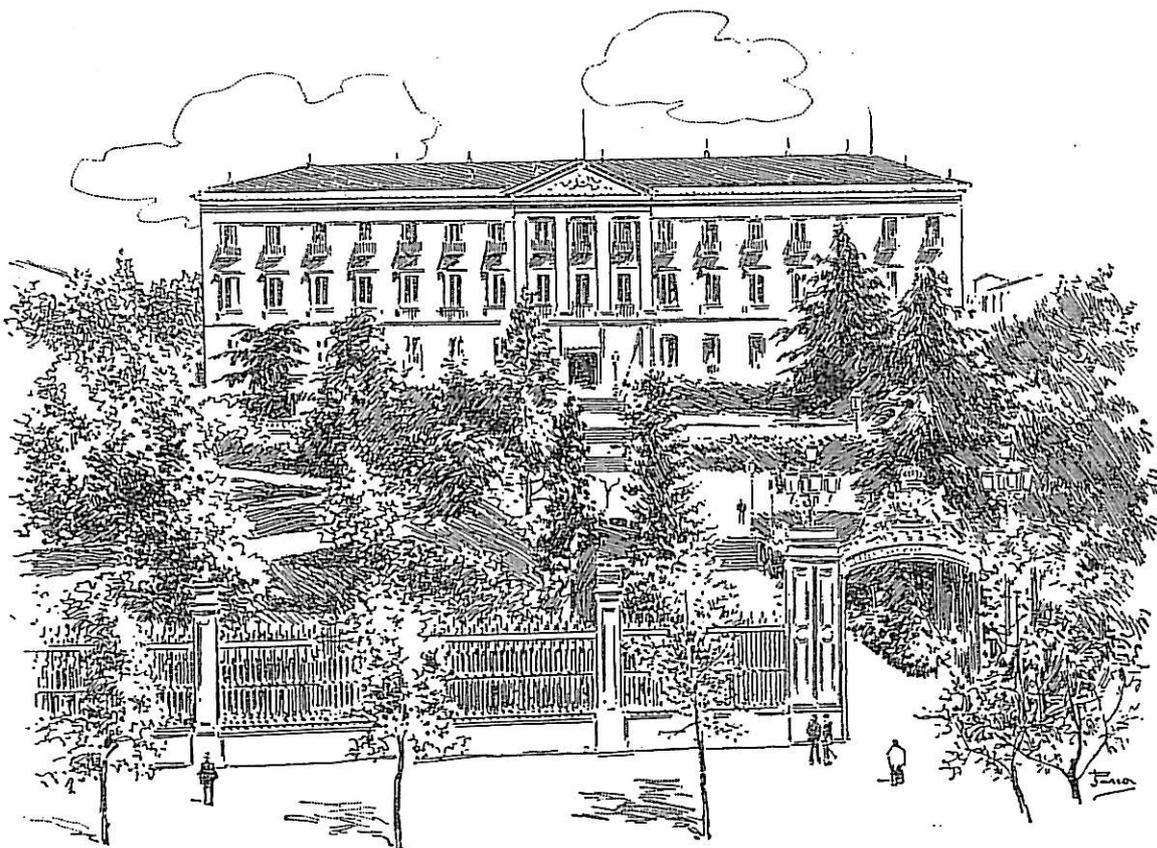
Zorrilla conoció, en sentir de un crítico, que la poesía á que le arrastraba su siglo era estéril y transitoria, como debía serlo una época de desorganización y de duda; y «parándose en su carrera y subiéndose á un puesto más avanzado y más digno de su misión, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada como Dios la creó, para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre; y tiñendo su pluma de los colores del iris, y de los celajes del Oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendición y alabanza al Creador.

»Su musa, antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones y llevarle á recorrer los venerables restos de lo pasado».

Que fué Zorrilla el poeta de la tradición y del genuino sentimiento religioso de los españoles, creyeron ya muchos de sus contemporáneos, y quieren sostenerlo hoy todavía los partidarios de lo antiguo, equivocadamente desde luego.

Pastor Díaz, cual heraldo de tales ideas, tenía esa convicción como católico ferviente, aunque dominado muchas veces por la duda y hasta por desconsolador pesimismo. Pero, soñador, juzgaba óptimamente cuanto se refería á la pretendida misión que como poeta trajo al mundo el genial poeta.

Llega á decir Pastor Díaz que Zorrilla ha sido entre nuestros poetas el primero que llegó á sentir la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza que abrigaban y que porque era preciso desenterrar de los abismos de lo pasado los tesoros del porvenir, fué el primero también en dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos y á poner en escena



MADRID — Ministerio de la Guerra

las sagradas y grandiosas solemnidades que hacían las delicias de nuestros padres.

«Bajo su pluma (dice textualmente) vemos levantarse de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado, la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus preladados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios: trocada después por el árabe voluptuoso en una mansión de placeres, asistimos á sus fiestas y á sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de Oriente, adornados de galas, plumas, seda y pedrería y respirando el aliento de

las huríes de Mahoma. Pero en seguida vemos alzarse gigantesca y descollar por sobre todas estas memorias, la catedral primada, símbolo arquitectónico del Cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y presenciamos los sagrados ritos de la religión, oímos el órgano cantando sus solemnes misterios y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crugir de sus tisúes y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á tan grandioso espectáculo, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se



GETAFE (Madrid). — Ermita de Nuestra Señora de los Angeles.

apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobó santo de los bienaventurados.

» En aquel momento los gemidos de dolor cesan; los sollozos de la amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza; el desprecio de la vida y el odio á los hombres da lugar á la idea de inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veíamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo nos parece no tener más que un sentimiento, una voz, una oración que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas: allí están todas las artes: allí está la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, todas concurriendo á un fin común, todas formando un concierto de los talentos del hom-

bre. El templo abarca toda la vida; la religión completa el cuadro de la poesía como es la clave de la sociedad.»

Luego Pastor Díaz consagraba un suspiro de pesar por aquellos bellos tiempos que se perdieron, y exhalaba un ¡ay! por aquellos placeres de nuestros padres, por la fe que alimentaba su vida; derramando lágrimas por la religión abandonada y tributando sagrado respeto á las veneradas reliquias que de ellas nos quedan.

Todas esas palabras de ternura y amor no son más que aparatosas manifestaciones de una crítica con resabios todavía de la escolástica antigua, cuyos



SAN ILDEFONSO — El Palacio y la Fuente de la Fama.

tiempos habían ya pasado, y no habían de volver en las naciones civilizadas, como no podía sustentarse tampoco sobre sólida base su soñado poderío temporal del Papado, que no le hace ninguna falta, al contrario, le perjudica para el más puro y perfecto desempeño de su ministerio espiritual.

Pastor Díaz se equivocó mucho, en cuanto trataba de la cuestión religiosa. Para él el formulismo oficial de las religiones, la ostentación, el fausto, la credulidad ciega en todo, constituía un organismo social de perfección, de luz y de amor cristiano. Para él era un deber proclamar que Zorrilla era el poeta en-

cargado por Dios para preconizar á los hombres de la tradición y de la leyenda entre los cuales no todo era virtud, no todo verdad ni justicia.

A pesar de todas las galas de la fantasía, la mayor parte de las fábulas sobre que tales cuentos se crearon, resultan siempre inverosímiles ó están terminantemente negadas por la crítica histórica; sin hablar de las ficciones en que interviene lo sobrenatural, pues esto no tiene más base de certeza que el capricho imaginativo del poeta, por muy inspirado que esté y muy cristiano que parezca el procedimiento.

Ningunos tiempos tan abominables en la historia como los que forman los siglos de la Edad media, donde la fuerza, la maldad de los poderosos, de los papas y de los reyes imperaban casi en absoluto. Hasta la caridad se desconocía, cuando se trataba de sostener la mentira religiosa que dominaba. Los que desempeñaron el supremo cargo de Pontífice fueron (la historia lo comprueba) los más corrompidos y malvados. Los monarcas eran en su mayor parte bandidos, y los pueblos fueron tratados como muchedumbre de esclavos. Todo llegó á falsificarse en la Edad media, hasta el culto de los santos se convirtió en tráfico de la piedad, la cual ha trasmitido á las generaciones futuras catálogos de falsedades en los que sólo creen ahora los pobres de inteligencia y de espíritu. Pudo haber excepciones gloriosas; pero muy raras, muy limitadas siempre, en medio del general contagio, de la general corrupción de costumbres...

¿Que Zorrilla, por amor al arte, enamorado del arte por el arte, supo presentar los hechos que forman sus tradiciones, leyendas y dramas con asombroso ropaje de encanto y de belleza? ¿Que esa seducción estética nos entusiasma y arrebatada siempre? ¿Que él, como soberano artífice, ha dado nueva vida, realizado y dignificado la leyenda?...

No lo negaremos. Dentro de la recta crítica no puede ni debe negarse nada que sea cierto, y sería injusto desconocer que Zorrilla ha desplegado en todas sus tradiciones y leyendas las galas más esplendentes de su inspiración.

Como vate admirable, de superiores intuiciones para embellecer y engrandecer cuanto su estro realza, en esto no tuvo competidor Zorrilla.

Un poeta muy ilustre de la moderna escuela sevillana, Narciso Campillo, que murió hace pocos años, y del que hemos de ofrecer datos curiosos más adelante, escribió en 1866 estos preciosos versos, que parecen una semblanza literaria de Zorrilla, quien volvía entonces á su patria cubierto de gloria después de haber estado en América bastante tiempo:

Vuelves á España: contigo,
Noble rey de la armonía,
Vuelve la dulce poesía
Que en mi niñez me durmió.
Vuelve la voz soñadora,
Eco de glorias pasadas,
La que á historias olvidadas
Vida, sér y encanto dió.

¿Y preguntas si se acuerda
De ti tu patria querida?
España jamás olvida
Al hijo que la ama fiel.
Siempre tuvo generosa,
En premio á tu fuego santo,
Aplausos para tu canto,
Para tus sienes laurel.

Se acuerda de ti: contempla
Como nubecilla pura,
La vaga, ideal figura
De tu Moráima gentil.

Aun la ve junto á la fuente,
Tan melancólica y bella,
Aun mira menguar la estrella
Del infelice Boabdil.

Aun recuerda con orgullo
De Alhama la acometida,
Y la Cruz triunfante erguida
Sobre el calado alminar.

Ve á Isabel reina en Granada
Cual astro de inmensa gloria,
Y entonando su victoria
Cielo y tierra, viento y mar.

Sabe España que á tu acento
Otra edad ilustre y fuerte
De su sepulcro de muerte
Como Lázaro brotó.

Y evaporando sus nieblas
Al sol de tu fantasía,
Gran gigante en claro día
A nuestros ojos se alzô.

Tú pintaste los torneos
De valientes justadores,
Los misteriosos amores,
La castellana altivez.

Las góticas catedrales
Vibrando en sacro concierto,
Y entre las flores abierto
El arabesco ajimez:

La humilde choza, el castillo
Con la solitaria almena,
Donde el viento ronco suena
Y anida voraz alcón:

Donde entre yerbosos muros,
Vagan fantasmas temidos,
Se oyen extraños ruidos,
Y vive la tradición.

Llega á los patrios hogares
De temor y duda libre:
De nuevo tu lira vibre
Grandeza, amor y virtud.

Tu estrella vibra sin mancha,
Tu ilustre nombre te escuda,
Y por mi voz te saluda
La española juventud.

Zorrilla estuvo dominado siempre por su espléndida, riquísima imaginación; ella creó ese mundo de seres ideales de tiempos muertos que llegaron á cautivar la multitud, y que seducen aún á cuantos saben estimar la belleza artística, sin la contemplación de sentidos esotéricos.

Su hermosa composición *La noche de invierno*, dedicada á don Jenero Villaamil, notable artista, es como el prospecto poético de cuanto el insigne poeta quería realizar, y daría también materia para cuadros sorprendentes.

Dice el poeta, agitado por fervorosa inspiración:

Encendamos una hoguera,
Cuya roja llama alumbre
Esos rostros en hilera
Colgados en la pared,
Que mecidos por el viento
Y animados por la llama,
Nos darán un pensamiento,
Y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente
Galerías, catedrales,
Y todo el lujo de Oriente
Y un mundo para pintar:
Tú tienes en tus pinceles
Derruidos monasterios
Con aéreos botareles
Y afligranado altar.

Tienes torres con campanas
Y transparentes labores;
Castillos con castellanas
Que aguardan á su señor
Y bóvedas horadadas,

Y silenciosas capillas
Donde en marmóreas almohadas
Yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades
Que, por el tiempo roidas,
Cuentan al tiempo verdades
Que él se desdeña escuchar;
Tienes en el valle puentes,
Peñascos en la montaña,
Y en los peñascos torrentes
Que se arrastran á la mar.

Tienes en los mares islas
Con ciudades y jardines
Y en los jardines festines,
Y en los festines placer...
Prepara lienzo y pinceles
Y deja que el viento brame,
Y la lluvia se derrame
Y estalle el rayo al caer.

A inspirarnos han venido
La noche con sus tinieblas,

El rayo con su estampido,
La lluvia con su rumor;
Tú pintarás lo que sientas,
Yo escribiré lo que siento
En el empuje violento
Del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muje
El vendabal en tus torres,
Cómo entre las jarcias cruje
Del buque que va á anegar;
Cómo zumba en las almenas
Con que ciñes tus castillos;
Cómo silba en las cadenas
Que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita
La humana voz en las rocas,
Y cómo el milano grita,
Y ruje como el león,
Silba como la serpiente,
Sorbe como la lechuza,
La voz de un incendio miente
Al cruzar un torreón.

Miente el graznido del cuervo,
Brama como el ronco toro,
Remeda el distante lloro
De una garganta infantil;
Y azotando los cristales,
Finge el fantástico vuelo
De espíritus infernales
Que pasan de mil en mil.

E imita el rumor confuso
De clarines y de aceros,
De carros y caballeros
Que van marchando detrás,
Y de un lejano combate
Los alarmantes clamores,
Y el ruido de los tambores
Que redoblan á compás.

Tú pintarás la montaña
Entre la niebla sombría;
Pintarás la lluvia fría
Derramada desde allí;
Los alcázares morunos,
Los pilares bizantinos,
Monumentos peregrinos
Embellecidos por ti.
Pintarás los gabinetes

Cincelados de la Alhambra,
Y el humo de los pebetes
Y las bellas del harén.
Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna;
Yo escribiré las historias
Que vida á tus cuadros den.

Te diré el blanco murmullo
De las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó;
Te diré cómo se mecen
Las flores sobre los tallos
Cómo nacen, cómo crecen,
Cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre
Con su choza ó su palacio,
Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fué:
Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré.

¡Pintor! Que la noche ruede
Con el ronco torbellino,
Que envuelta en tormentas quede
La desvelada ciudad;
Nosotros lejos del mundo,
Otro mundo gozaremos
De la hoguera que encendemos
A la roja claridad.

Calderón, Murillo, Ercilla,
Colgados por las paredes
Con su estoque y su golilla
Forman nuestro mundo aquí.
Ahí están Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano...
Con tintas para tu mano,
E inspiración para mí.

Prepara lienzo y pinceles;
Desplega tu fantasía:
Cuando nos sorprenda el día,
Que alumbre una creación.
Pintor, ese torbellino
Ha venido á visitarnos;
En él nos trajo el destino
La violenta inspiración.

¡Qué melodía más encantadora! ¡Qué facilidad de pensamientos y de frases!
¡Qué riqueza de palabras!

Don Juan Valera es el crítico que mejor ha sabido juzgar la excepcional obra poética de Zorrilla. Considerando su trabajo con una amplia concepción de verdad sintética, no ve en sus manifestaciones ese exclusivo propósito de someterlo todo á un criterio salvador del medio cristiano.

En opinión del gran maestro de Alejandro, la poesía vale é importa más que la historia, porque la historia representa las cosas como son, y la poesía las

representa como deben ser. Pero Zorrilla, según el sentir de Valera, «ni como son ni como deben ser las representa, sino que las representa como él las imagina. Esta imaginación suya, no obstante, ó bien porque coincide con la del pueblo en el momento en que el poeta poetiza, ó bien por el mágico poder de sugestión que en ella hay y que el pueblo se impone, hicieron de Zorrilla en su tiempo un popularísimo y original poeta, que arrebató al vulgo en pos de sí y le obliga á entrar y deleitarse en el mundo fantástico que para él ha creado, sin otra mira ni propósito que la de su solaz y esparcimiento.

»De aquí (dice) que Zorrilla sea el poeta más del arte por el arte que jamás ha existido: el menos tendencioso, el menos docente de todos. En realidad no es impío, ni pío, ni retrógrado ni progresista, ni liberal ni servil, ni cristiano ni moro. Es productor de representaciones ideales, que nos encantan y entretienen; aunque más que imitar y representar á la naturaleza, imitan y representan lo que él, allá en el fondo de su espíritu, ha concebido y creado.

»Para concebirlo y crearlo apenas se entera Zorrilla, ni es menester que se entere, de los objetos materiales que le rodean, de la vida y de la marcha de la humanidad, y de los grandes sucesos que por la historia sabemos. Todo lo entiende á su modo y esto le basta. Mientras menos entiende de lo que realmente hay, más y mejor puede añadir de su propia cosecha. Así, hablando de Roma, dice:

Aun niño, me cantaron
Un no sé qué de Césares y Reyes.

»Y ya hombre prosigue en el mismo *no sé qué* sin aspirar á ponerlo en claro. El se lo explica mejor con su fantasía.»

Ha habido crítico, por ejemplo, el P. Blanco García, que todo lo encuentra bien y superior en Zorrilla por haber escrito tanto con sentimiento religioso, aunque es muy vago, el que domina en muchos de sus trabajos. Es un sentimentalismo especial el suyo, calcado en los moldes del romanticismo piadoso. Cuando se poseía de tal sensibilidad Zorrilla, llegaba á ser hasta insoportable, á fuerza de encontrar siempre perfecciones en puntos bíblicos que hoy no pueden tomarse en su sentido tradicional primitivo después de los descubrimientos de la Ciencia. Así, en *Día sin sol*, paráfrasis expresamente escrita para don Nicomedes Pastor Díaz, cuyo primer pensamiento le debió Zorrilla, es una composición de magníficos versos, pero plagada de optimismos célicos erróneos sobre los destinos humanos, que están en abierta contradicción con los principios de toda sana filosofía.

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso,
Hizole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el Paraíso.

Dios, que su soledad miró enojosa,
De tomarla en placer buscó manera,

Y una mujer bellísima, amorosa,
Le ofreció liberal por compañera.
Era la hermosa de gentil talante,
Acabada de pechos y cintura,
De enhiesto cuello y lánguido semblante,
Rebosando de amor y de ternura.
Clara la frente, altiva y despejada,

Y nunca á su benévola ternura
 Otro pecho se unía.
 Solo y desconsolado,
 Cantar quiso á la tierra su abandono,
 Mas ¿do tienen los hombres voz ni tono
 Para un desventurado?
 Al destino acusó y acusó al cielo
 Porque este corazón dado le habían;
 Y de su queja y de su triste anhelo
 Los cielos se reían...

Y este hombre, que fué periodista, político, escritor, orador notable, crítico y ministro, no tuvo una hora de placidez en su vida; murió en Madrid el 22 de Marzo de 1863.

Perteneciendo en creencias religiosas á la escuela católica, tuvo como crítico la noble franqueza de pensar y decir la verdad sobre el *Don Alvaro ó la Fuerza del sino*, no tergiversándola como han hecho después varios eruditos más jesuíticos que discretos por contemporizar con los convencionalismos impuestos por las rutinas necias de la hipocresía.

Don Nicomedes Pastor Díaz veía en el pensamiento primordial del *Don Alvaro* lo que hoy es creencia general de la crítica bien doctrinada, que no sueña, sino que analiza y razona. «El objeto (dice) del drama del Duque de Rivas es el mismo que el de la antigua tragedia griega, la fatalidad. *Don Alvaro* es un Edipo destinado por el cielo para hacer la desgracia de una familia, como el *Edipo* griego la de la suya. Ni la religión salva á Don Alvaro de su misión sangrienta, de su destino de crimen.»

Su hermosa poesía á la *Luna* contiene magníficos conceptos, expresión de su entristecida alma:

Sola por el vacío te adelantas,
 Y en vano en derredor tus rayos tiendes,
 Que sólo al mundo en tu dolor descendes
 Cual sube á ti mi amor.
 Y en esta tierra de afición guarida,
 ¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?
 Del nocturno reposo de los seres
 No turbas la quietud.
 No cantarán las aves tu venida,
 Ni abren su cáliz las dormidas flores:
 Sólo un sér de desvelos y dolores
 Ama tu yerta luz..
 Si, tú mi amor, mi admiración, mi encanto;
 La noche anhelo por vivir contigo,
 Y hacia el ocaso lentamente sigo
 Tu curso al fin veloz.
 Párate á veces á escuchar mi llanto
 Y desciende en tus rayos amoroso
 Un espíritu vago, misterioso,
 Que responde á mi voz...
 ¡Ay! Calló ya... Mi celestial querida
 Sufrió también mi inexorable suerte...

Era un sueño de amor... Desvanecerte
Pudo una realidad.

Es cieno ya la esqueletada vida;
No hay ilusión, ni encantos, ni hermosura.
La muerte reina ya sobre natura,
Y la llaman *verdad*.

¡Qué feliz, qué encantado, si ignorante
El hombre de otros tiempos viviría
Cuando en el mundo, de los dioses vía
Doquiera la mansión!

Cada eco fuera un suspirar amante,
Una inmortal belleza cada fuente,
Cada pastor ¡oh, luna!, en sueño ardiente,
Ser pudo un Endimión.

Ora trocada en un *planeta obscuro*,
Girando en los abismos del vacío,
Do fuerza oculta y ciega en su extravío
Gual piedra te arrojó.

Es luz de ajena luz tu brillo puro,
Es ilusión tu mágica influencia,
Y mi celeste amor ciega demencia,
¡Ay!... que se dispó.

Astro de paz, belleza de consuelo,
Antorcha celestial de los amores,
Lámpara sepulcral de los dolores,
Tierna y casta deidad.

¿Qué eres de hoy más sobre ese helado cielo?
Un peñasco que rueda en el olvido,
Ó el cadáver de un sol que endurecido
Yace en la eternidad...

Hay que recordar con justicia el nombre de un entusiasta poeta de la escuela romántica que escribió mucho, y dejó algunas composiciones que fueron muy populares en su tiempo y han conservado su fama. Hablamos de don Gregorio Romero Larrañaga. En los tres tomos de obras suyas que se publicaron en Madrid desde el año 1841 á 44, hay gran número de poesías, cuentos históricos, leyendas antiguas y tradiciones populares y una novela fantástica en verso titulada: *Amar con poca fortuna*.

Fué Larrañaga progresista, enemigo acérrimo de la inquisición, contrario al sistema religioso, basado en apariencias y utilidades económicas; y por tal motivo algunas de sus producciones disgustaron á los meticulosos, que todo lo quieren rebajar al nivel de sus pobres conveniencias.

Hay, sin embargo, una poesía de Larrañaga que todos elogian, y efectivamente merece la aceptación que ha conservado por su gallardía é inspiración naturales: su oriental *El de la cruz colorada*.

Una mora enamorada de un cautivo cristiano expresa su cariño con tal vehemencia y ternura, que el sultán ordena que sea entregado el esclavo á aquella mujer desolada.

Yo soy la flor de Sevilla,
Y en Jerez, donde nací,
Me llaman su maravilla

Y aquí en Granada la Huri.
No puedo darte, rey moro,
El alma, que es del que adoro;

Mas si en lo hermosa soy perla,
Tú, sultán, debes tenerla.
Cual joya á tu fausto vano,
Como lámpara estimada
En tus serrallos colgada,
¡Ay! salve yo mi cristiano.
El de la cruz colorada.

—
En el cerco de Antequera
Prendí ese cristiano yo;
Era su alcaide; y él era,
El que más moros mató.
En tanto que fuese vivo
Juré tenerle cautivo;
Mas tu amor templea mi saña,
Que en mujer es cosa extraña
Guarda fe quien ame en vano.
Y diera yo mi Granada
Por verte de mi prendada,
Como lo estás del cristiano
El de la cruz colorada.

—
Hermosa, enjuga tu lloro;
Lluvia es que empaña tu sién;
Sensible soy aunque moro,

Y espléndido soy también.
No quiero por ser piadoso
Me ofrezcas dón tan precioso:
Peleo yo con mi alfanje;
Mas consentir ese canje
Fuera un tráfico villano.
«Abran la torre ferrada,
Y á esa mujer desolada
Entréguenla su cristiano
El de la cruz colorada.»

—
Las órdenes del sultán
Cumplen siervos guardadores;
Ya está libre el capitán
Con su bella y sus amores.
«Bendito seas el moro,
El de los palacios de oro
Y harenes para el placer»,
Exclamaba una mujer,
Mientras corre en su alazano
Con su cautivo abrazada.
«Bendito...» calló turbada
Porque la abraza el cristiano
El de la cruz colorada.

Partidario fué del romanticismo en su juventud don Manuel Cañete, y lo demostró con notables poesías publicadas en Granada (Junio de 1843).

Su entusiasmo era tan fervoroso, que quería él poseer la inmortal inspiración de Espronceda mismo para poderlo enaltecer según sus indisputables méritos.

Tienen gran ímpetu poético y admiración á Espronceda las siguientes estrofas:

Rápida exhalación fué tu existencia;
Y el alma ardiente que abrigó tu remo
Dejó este mundo de miserias lleno,
Perdidas ya las puras ilusiones
De cándida inocencia,
Tal vez presa infeliz de las pasiones.
¿Por qué tan pronto de existir dejaste?
¿Por qué el volcán hirviente
Que guardaba tu frente
Con el cuerpo en la tumba sepultaste?
¿No fuera, di, para tu excelsa gloria,
Triunfo mayor y sin igual victoria
El haber en mi mente colocado
Ese germen de luz que se ha apagado?
¿Cuán robusta mi voz enardecida
Por tan sagrado fuego
Cantado hubiera de tu triste vida
La sempiterna gloria
Que guardará en sus páginas la historia?
¿Qué fueran para ti las febles voces
De los insectos viles, que amenguarla
Tal vez pretendén con audaz intento,
Si otro genio cual tú lanzase al viento
En tu loor su canto, y poderoso,
Con las fuerzas hercúleas de un coloso,

El grito sofocara en su arrogancia
 De la orgullosa voz de la ignorancia?
 ¿Acaso puede su torpeza suma
 Al genio comprender?... Las medianías
 Son cual opacos días
 En que la luz del sol abrasadora
 La tierra no ilumina;
 Ellas no ven la antorcha brilladora
 Que cual sombra de Dios inflama el cielo,
 Y su estúpida mente no adivina
 Que tras el denso velo
 De las obscuras nubes
 Hay un volcán de lumbre diamantina!!
 ¡Oh! no temas: las almas elevadas
 Que se alzan sobre el fango te comprenden;
 Ellas los rasgos de tu genio entienden,
 Y al escuchar tus cantos, extasiadas,
 Ven abrirse á sus ojos
 Una nube purísima do miran,
 No los tristes despojos
 Que entrega el hombre á la mezquina tierra,
 Sino el genio brillante
 Que las tinieblas con su luz destierra!

Las poesías de don Manuel Cañete llevan un pequeño prólogo de don Juan Florán, Marqués de Tabuérniga; y recordamos las labores del después tan severo crítico, porque en su mocedad, siguió, como la mayor parte de sus contemporáneos, los rumbos que entonces prevalecieron.

Brillaba por aquellos años un ingenio tan modesto como excelente, que dejó nombre de genial poeta. Hablamos de don Enrique Gil y Carrasco, nacido en Villafranca del Bierzo (León) el 15 de Julio de 1815. Fué gran amigo de Espronceda y era muy estimado por su exquisito gusto literario. Dióle mucho crédito su preciosa y delicada poesía *Una gota de rocío*.

¿Eres, di, rico diamante
 De Golconda,
 Que, en cabellera flotante
 Dulce y blonda,
 Trajo una silfide indiana
 Por la noche,
 Y colgó en hoja liviana
 Como un broche?
 ¿Eres lágrima perdida
 Que mujer
 Olvidada y abatida
 Vertió ayer?
 ¿Eres alma de algún niño,
 Que murió,
 Y que el materno cariño

Demandó?
 ¿Ó el gemido de espirante
 Juventud,
 Que traga pura y radiante
 El ataúd?
 ¿Eres tímida plegaria
 Que alzó al viento
 Una virgen solitaria
 En un convento?
 ¿Ó de amada despedida
 El triste adiós,
 Lazo de un alma perdida
 ¡Ay! entre dos?

.

Sus poesías, que andaban diseminadas por los periódicos de aquella época, en los que escribió mucho y de diversas materias don Enrique Gil, fueron coleccionadas por don Gumersindo Laverde (Madrid, 1873), con beneplácito de las personas estudiosas é inteligentes.

El poeta había muerto el 22 de Febrero de 1846, estando empleado en la secretaría de la embajada de Berlín.

Don Gumersindo Lavalle forma este juicio crítico del señor Gil y Carrasco, que merece todo encomio:

«Fué poeta lírico de intensa ternura, de apacible y melancólico idealismo y de suavidad incomparable, siquier alguna vez adolezca de difuso ó de incorrecto; novelista que descuella entre los que con mayor fortuna han seguido en España las huellas del inmortal Walter Scott, crítico de juicio penetrante, amplio y seguro, y pintor tan galano como discreto y exacto de impresiones de viajes, monumentos, tipos provinciales y escenas de costumbres.»

El P. Blanco García no le elogia con el cariño especial que literato tan distinguido merece.

Don Juan Valera sí le hace la debida justicia cuando dice de él lo siguiente:

«La obscuridad en que pasó su primera juventud el poeta, su humilde y resignada melancolía, á par que el íntimo y claro convencimiento que tenía su alma del valer propio, todo se manifiesta candorosamente en la composición *La violeta*, por la que logró su autor y logrará siempre, mientras haya buen gusto y mientras sea la poesía comprendida y gustada que no quede

Con frívolos cantares confundido
El himno de su amante corazón.»



Pablo Piferrer.

Muy someramente habla el P. Blanco García de un poeta catalán de exquisito gusto y peregrino ingenio, que sólo alabanzas merece. Nos referimos á don Pablo Piferrer, escritor muy célebre en prosa y verso, á quien Pi y Margall quiso con entrañable cariño, y á quien voy á defender en justicia de ciertos juicios arbitrarios emitidos por el crítico agustino.

Quando Pi y Margall estuvo en Barcelona para ser mantenedor de los Juegos florales que allí se celebraron, en Mayo de 1901, no pudo olvidar los ya lejanos días de su juventud y evocó reminiscencias gratisimas que son á la vez datos autobiográficos.

«Agradezco profundamente, dijo, que se me haya elegido mantenedor de los presentes Juegos florales, cuando vivo, hace más de cincuenta años, fuera de Cataluña. No ha hecho tan larga ausencia que me olvide ni de esta ciudad ni de esta región, donde nací, me eduqué y seguí mi carrera universitaria. No me dedicaba

entonces á la política: empleaba en el estudio de las letras y las artes el tiempo que me dejaban libre las lecciones del Derecho.

¡Qué de horas no pasé contemplando los ricos monumentos románicos y góticos, que son ornamento de esta ciudad y constituyen en la historia de la Arquitectura páginas de que apenas hay memoria en la capital del Reino! *Pablo Piferrer* los describía en sus *RECUERDOS Y BELLEZAS DE ESPAÑA*, y yo le tomé por mi maestro y guía; atrevimiento que no me habría permitido si no me hubieran alentado á proseguirla sus amigos y sus admiradores.

Aquella afición á las letras y á las artes no las he jamás perdido. En el tráfigo de la política y el foro las he conservado siempre el amor que de joven me ins-



CATALUÑA (Barcelona). — Claustros de Santa Ana.

piraron. Hoy no parece sino que me rejuvenezco y me veo aún rodeado de *aquella generación de prosistas y poetas que con tanta decisión rompieron los moldes del clasicismo.*»

Don Francisco Pi y Margall comprendía perfectamente los grandes méritos de Piferrer y sólo tenía para él elogios.

Pero el P. Blanco García, desconocedor ó menospreciador, por lo menos, de las magnas iniciativas y las bellas obras que produjo su delicado y original ingenio, llega á sostener apasionadamente que, «para su propósito sólo puede mencionar unas cuantas poesías (*La cascada y la campana, La canción de la primavera, El ermitaño de Montserrat*, etc.) tenidas en mucho por varios críticos, y de estructura originalísima, pero áspera y desagradable al oído castellano.

Semejante manera de juzgar es injusta, sobre caprichosa en extremo. Precisamente el carácter peculiar de todos los trabajos poéticos de Piferrer es la dulzura, la elegancia y la sencillez más exquisita.

¡Qué hermosura de inspiración su poesía *Alina y el Genio!*:

Dos flores hay en el prado
Ambas bellas en color,
Ambas regadas de un agua
Y sólo vistas del sol.

Del cielo un aura levisima
Fresca sonando bajó:
De la una flor nace Alina,
Un Genio de la otra flor.

—«Grande es tu belleza, Alina:
La de tu ánimo mayor;
Belleza de cuerpo y alma
Del destino es raro dón.

Entra en el mundo; tu senda
Recorre de esta arpa al són;
Entra y la morada alcanza
Que el destino te asignó.»

Ella, temerosa y niña;
Alado el Genio y veloz:
—«¿Quién me guiará?» Ella exclama,
Y el Genio le dice: —«Yo.»

—
A la puerta de un castillo
Alina el laúd templó,
El primer són que ella suena
Es un sonido de amor.

—«¿Quién es ésta, los mis guardas?»
Va preguntando el Barón:
Gentil y apuesto es su cuerpo,
Mucho es donosa por Dios.

¡Ay! niña, la gentil niña,
La de la suave voz,
Tuyo sea mi castillo,
Sé dueña de su señor!»

Alza los ojos Alina
Y al Genio le preguntó:
—«¿Moraré en este castillo?»

Y el Genio responde: —«No.
Otro dueño dió el Destino,
Alina, á tu corazón:
Sigue mi vuelo, ó mi hermana,
Ven tras mí, tu guía soy.»

—
El laúd templea de nuevo,
En la villa entran los dos;
En las calles por do pasan
No caben las gentes, no.

A la puerta están los hombres,
Las damas en el balcón;
Ellos sonrien de envidia,
Ellos sonrien de amor.

Nobles y burgueses gritan:
—«¿De dó la niña salió?»
Bienhadada nuestra villa

Si viene á morar con nos.»

Alina el trovar suspende:
—«Todo un pueblo con amor
Me desea. ¿Seré suya?»
Y el Genio le dice: «No.

Ame del pueblo el aplauso,
Alina, tu corazón;
Dióte otro dueño el destino;
Sígueme, tu guía soy.»

—
Tañe el laúd, y á las auras
Alegre suelta la voz:
Por las gradas del palacio
Ya van subiendo los dos.

Al són primero del arpa
Se extremece el artesón
De la techumbre: al segundo
El señor Rey despertó.

—«Mis pajes, los fieles pajes,
¿Cuya era la dulce voz?»
—«Ya la gentil trovadora
Acá se llega, señor.»

—«¡Oh! mi gentil trovadora,
¿Por qué tu tañer cesó?
Al són de tu dulce trova
Quiero adormirme de amor.

Sobre el tu cabello de oro
Mi corona pondré yo:
Soy señor de cien provincias,
Sé reina de su señor.»

Alina los ojos alza
Y al Genio le preguntó:
—«¿Aceptaré la corona?»
Y el genio le dice: «No.

No la corona de reina
Ha de ser tu galardón;
Otra ceñirá tus sienes...
Sígueme, tu guía soy.

—
Cruzan valles, cruzan montes,
Un año y otro pasó;
Al cabo de los tres años
Divisan un torreón.

Fuertes murallas lo ciñen;
Las almenas dan temor,
Y llena sus hondos fosos
Un torrente bramador.

Siete veces lo rodean;
No encuentran la puerta, no:
Jamás puente levadizo
Sobre el torrente cruzó.

—«Toca el arpa,» dice el Genio,
Y al sonar el primer són,

Sécase en los hondos fosos
 El torrente bramador.
 Al segundo són del arpa
 Un muro se desgajó:
 —«Entra, hermana, dice el Genio:
 Sigueme, tu guía soy.»
 —«Oscura es la senda, hermano.»
 —«Toca el arpa.» Al tercer són
 Estalla de luz blanquísima
 Misterioso resplandor.
 Las columnas, las paredes,
 Resplandecen como el sol:
 Todo es lumbre, todo diáfano,
 Las riquezas dan terror.
 Sólo al fondo hay una puerta;
 Dentro la puerta ¡qué horror!
 Vagan pálidos espectros...
 Sombras del pasado son.
 —«Feliz, feliz, ó mi hermano
 El dueño de esta mansión.»
 —«Feliz, tú, ó mi Alina,
 Porque tu dueño soy yo.»
 —
 —«¿Quién eres, pues?—«Toca el arpa!»
 Y del arpa al cuarto són
 Recobra su forma el Genio
 Y el garzón desapareció.
 —«¿Quién eres? sobre tu frente
 Brilla un místico fulgor,
 Y la lumbre de tus ojos

Abrasa...—«Tu Genio soy.
 Al nacer de las dos flores
 El Destino nos unió:
 Yo soy toda tu belleza;
 Tu esencia, tu dicha soy.
 Esta llama de mi frente
 Ha de ser tu galardón;
 De hoy más descansa en mis brazos,
 A mi el Destino te dió.»
 —
 —«¡Oh, Genio! tristes espectros
 Vagar veo entre el horror
 De aquella puerta.»—«No temas,
 Sombras del pasado son.
 Mi luz disipa las sombras;
 Los finados á mi voz
 Resucitan: no hay «pasado»
 Para mí; tu Genio soy.»
 «¡Oh, Genio! ¡mi dulce Genio!
 ¡Cuán dulces tus labios son!
 Duérmense siempre en tus brazos,
 Duérmense siempre de amor.
 Guarde su aplauso la villa,
 Sus castillos el Barón,
 Y su corona el monarca
 De cien provincias señor.
 Que vale más tu morada,
 De tu frente resplandor;
 Pues mi belleza es mi Genio,
 ¡Oh, mi Genio, tuya soy!»

Basta sólo este modelo delicadísimo de composiciones líricas para dejar desmentido al P. Blanco García cuando llega á sostener que la estructura originallísima de algunas poesías de Piferrer es «áspera y desagradable al oído castellano».

Como comentario discreto de tan galana inspiración, debemos recordar lo que ha dicho en su elogio el señor Valera, con tanta justicia como acierto.

«El asunto de *Alina y el Genio* (escribe) tiene mucho de peregrino: de un romanticismo algo alemán, que recuerda un poco el de las baladas ó breves leyendas de Uhland. *La forma, con todo, es castiza y legitimamente española.* En lo que el poeta refiere, hay cierta misteriosa vaguedad simbólica, como por ejemplo en *La iglesia perdida ó el paladín Haraldo* del ya citado vate germánico. En *Alina* podemos figurarnos al alma humana cuando, guiada por su buen genio, desdeña las vanidades del mundo, los amores vulgares, la popularidad y hasta los regios alcázares, coronas y cetros, alcanzando por último excelsas y superiores conquistas. La historia de *Alina* está, á pesar de lo dicho, tan viva y candorosamente contada, que así *Alina* como su *Genio*, no se nos representan como meras y vagas alegorías, sino como seres reales, habitantes del mundo mágico y luminoso á donde nos lleva arrebatadamente la imaginación del poeta.»

Piferrer murió en la flor de su vida. Aun no había cumplido 33 años. Nació en Barcelona el 11 de Diciembre de 1818, y falleció en aquella capital el 25 de Julio de 1848. Pero su nombre será siempre adorado en Cataluña, no sólo como poeta

meritísimo, sino también como uno de los más fervientes iniciadores de su vigoroso renacimiento artístico y literario.

Andaluz fué otro poeta de mérito que por aquellos años escribía, y era muy estimado por su competencia y talento. Natural de Cádiz, donde nació el 10 de Enero de 1783, había estudiado la carrera de leyes en Granada, siendo condiscípulo de Martínez de la Rosa.

Don Antonio Alcalá Galiano fué también muy amigo suyo; y desde Madrid, del 14 al 23, sostuvieron ambos polémica interesante con el padre de la que luego fué famosa novelista, *Fernán Caballero*, don Nicolás Böhl de Fáber, alemán de nación y sabio hispanófilo, que en periódicos de Cádiz había defendido á todo trance el incomparable mérito del teatro antiguo español y de sus grandes autores.

Mora, lo mismo que Alcalá Galiano, opinaban entonces lo contrario, aunque, años más tarde, hubieron de modificar sus opiniones en este sentido. Mora tomó también parte en la política liberal del 22 al 23, defendiendo como periodista, que lo fué después muy competente y famoso, las doctrinas más exaltadas.

Tuvo, pues, que emigrar Mora cuando empezó la odiosa tiranía de Fernando VII en 1824. Se refugió en Londres, donde fué muy amigo del ilustre don Mariano Blanco ó White, que habiendo nacido en Sevilla de padres ingleses y sido sacerdote católico, abjuró luego de sus creencias haciéndose protestante por aversión á España, tan atrasada siempre en asuntos de libertad de conciencia.

Blanco era tan notable poeta como excelente propagandista y escritor, y asociado estuvo con él don José Joaquín de Mora con fraternal cariño. Mora y

Blanco escribieron mucho en una revista que empezó á publicar, por recomendación del último, el editor Ackermann, titulada *El Mensajero de Londres* y otros periódicos, cuyas tiradas se dirigían á la circulación en la América latina, donde obtuvieron singulares estimaciones y aplausos.

Mora marchó á América el año 1827, desembarcando en Buenos Aires. El presidente á la sazón de aquella República, don Bernardino Rivadavia, le había llamado, ofreciéndole protección, empleos y distinciones. Lo mismo en Buenos Aires, que en Chile, que en el Perú y en Bolivia, dió Mora claras muestras de su

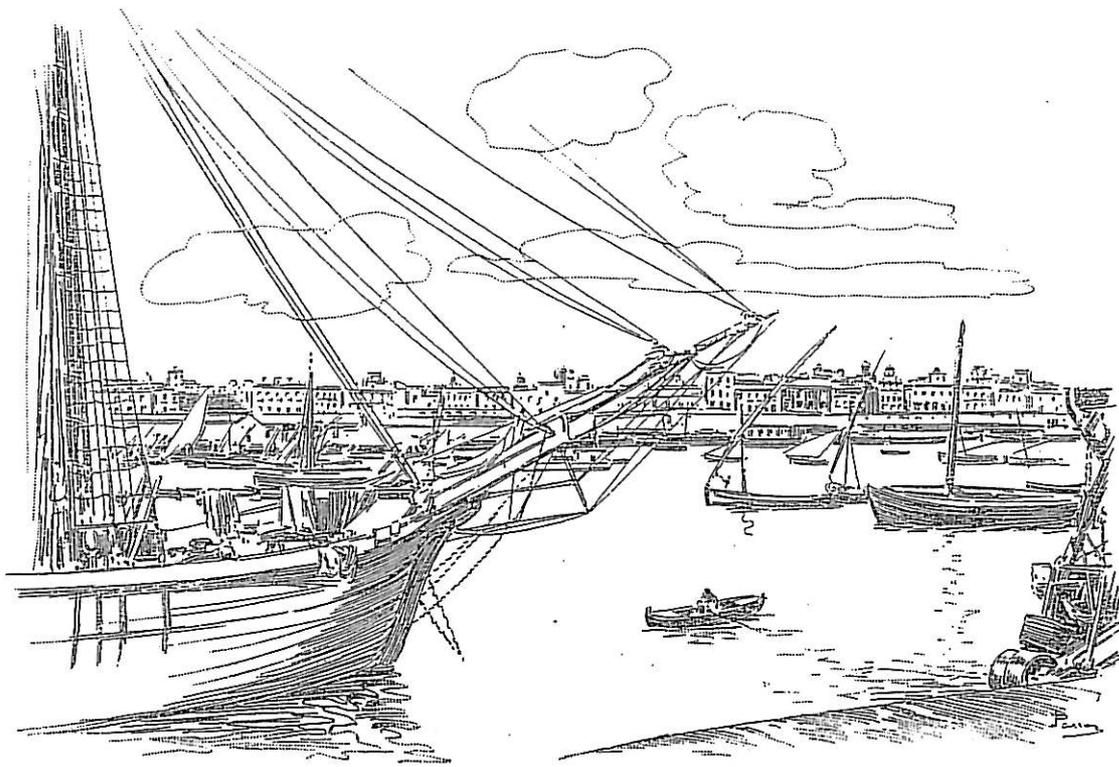


El P. Blanco García.

saber, ingenio, conocimientos, habilidad y suficiencia, así en literatura como en política, aunque su intervención en ésta le ocasionó gran número de contrariedades y perjuicios. Dejó Mora un nombre querido en América, como lo patentiza su biografía, hecha con amplitud y cariño por un eminente chileno: don Miguel Luis Amunátegui.

Diez años permaneció Mora en América, habiendo vuelto á Londres en 1838. Allí publicó en 1840 sus *Leyendas Españolas*, que tienen carácter decididamente romántico, aunque en las formas poéticas no acepte Mora, por una tenacidad incomprensible que lo dominó constantemente, cierta clase de metros adoptados ya por la revolución artística prevaleciente.

Dedicó tres artículos al examen de las *Leyendas* el sabio crítico don Alberto



Bahía de Cádiz.

Lista, de las que, como preliminar, que honraba mucho á Mora, hizo notables alabanzas.

«La leyenda (decía don Alberto) es un poema de alguna magnitud, aunque no tan largo como la epopeya; y está consagrado á celebrar algunos hechos verdaderos ó fabulosos de la historia nacional. Tanto puede ser objeto de una leyenda alguna de las hazañas verdaderas del Cid, como de las que ha atribuido una falsa tradición á Bernardo del Carpio, personaje de cuya existencia hay grandes motivos de dudas.»

Dice también que esta clase de composiciones habían sido «desconocidas hasta entonces en nuestra literatura poética» y que el fin de ellas «es halagar la imagi-

nación del lector con la pintura de otros usos y costumbres, de otra clase de sociedad, de otro espíritu y de otras ideas que las del siglo en que vivimos».

«Nadie duda (añade) que si á este trabajo bien desempeñado se añade el interés de la acción y, sobre todo, una elocución verdaderamente poética y versos variados, llenos y armoniosos, se habrá conseguido el fin; y los escritos en los cuales sobresalgan estas prendas constituirán un género digno de pasar á la posteridad y de aumentar nuestro tesoro poético.

Bien se ve que para esto no es necesaria la verdad efectiva de los hechos:

basta que consten por la tradición, porque todas las fábulas, inventadas en la infancia de las naciones, pintan su espíritu, sus ideas y su carácter. Es deber del historiador desterrar las consejas de los anales; el poeta no está obligado á ello, y tiene libertad de describirlas siempre que con ellas consiga divertir á los lectores é instruirlos en el espíritu y en la moral de los siglos en que se suponen ó se inventaron.

Las leyendas del señor Mora satisfacen á las condiciones que hemos asignado á esta clase de composiciones. El lenguaje, por lo general, es puro y correcto; la versificación flúida y sonora; aunque tal vez peca por la multiplicidad de versos pareados, que no hacen buen efecto demasiado repetidos, á no ser en el género festivo: los adornos acomodados sin afectación y distribuidos con sobriedad: el tono pasa con frecuencia, á imitación del Ariosto, de lo grave á lo tierno ó á lo jocoso.

Muchas de las leyendas son interesantes, no sólo por la acción, sino también por el modo de contarlas.



San Isidro Labrador (Patrón de Madrid).
De una pintura del sig'o XIII.

A veces el poeta se presenta al lector, entra en digresiones y se toma todas las licencias posibles; tanto más agradable, cuanto mejor pintan el abandono del genio á sus propios caprichos. Esto en cuanto á la elocución, con la cual no ha desmentido este poeta la idea que se había formado de él en vista de sus composiciones líricas.

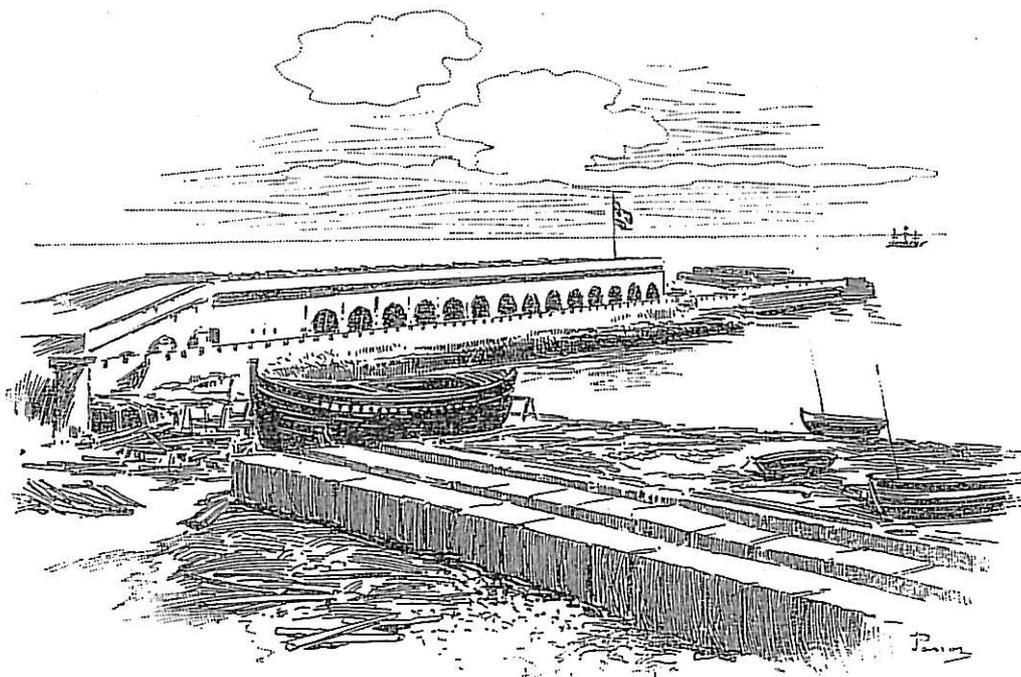
Añade Lista que había notado en las *Leyendas* cierta intención á zaherir á los

reyes, á los sacerdotes y á los nobles, y que no era ese por cierto el espíritu de la Edad media á que se refieren las leyendas.

Durante la ausencia de Mora en América, se publicó en Cádiz (1836) un tomo de poesías, que demuestran su riqueza de inspiración. En 1842 volvió á su querida ciudad natal, y el 43 estuvo al frente del famoso Colegio de San Felipe Neri, donde le habían precedido como directores don Alberto Lista y don Antonio Alcalá Galiano.

Dos años después trasladó su residencia á Madrid, consolidando su crédito con nuevas incesantes producciones, ya en prosa, ya en verso, pues era asombrosa y muy varia su fecundidad literaria. En Madrid se publicó nueva edición, todavía no completa de sus poesías.

Mora ingresó en la Academia Española en 1848, y sus trabajos fueron muy



CÁDIZ — Punta de San Felipe.

útiles, especialmente sobre sinónimos, en frase de Valera, el cual también elogia el poema *Don Juan*, que dejó Mora sin concluir, y sus *Leyendas españolas*.

Muchos de sus trabajos en prosa, admirables por la dicción propia y siempre clara, ora trate de filosofía, ora de crítica, ora de economía política, se publicaron en la *Revista de España, de Indias y del Extranjero*, que imprimieron en Madrid don Fermín Gonzalo Morón y don Ramón Carbonell, desde el año de 1840, y de la cual hablaremos más oportunamente en otro lugar.

El año 1829, estando en Londres, escribió Mora una hermosa composición dedicada á su amigo y compañero de estudios don Francisco Martínez de la Rosa, en la que pulsó la lira con maravillosa entonación, para que tronase su musa contra la bárbara opresión en que se hallaba la amada patria.

Allí en pavor sombrío,
 Maldición vomitando y anatema,
 Con nuevo arrojo y brío,
 Se enseñorea el fanatismo infando;
 La usurpada diadema
 Rugiendo apoya del cruel Fernando
 Y con orgullo necio, ferozmente
 Huella del libre la abatida frente.
 A los patrios dolores
 Reserva, amigo, enérgicos colores,
 Rasgos profundos, fieras invectivas
 Que perpetúen en doquier la saña
 Debida al hombre que maldice España.
 Insensatas, estúpidas y altivas
 Pinta esas ordas, que el horrible trono
 Circundan humilladas, mientras juran
 Inextinguible encono
 Al saber, al ingenio; y cuando apuran
 De la venganza la sangrienta copa,
 Escándalo y ludibrio de la Europa,
 Imploran el favor de un rey vecino
 Y su hierro asesino;

Describe esas indignas bacanales
 En que se mezclan con profano grito
 Calumnias infernales
 Al nombre sacrosanto del Supremo.
 Invoca, amigo, su rigor extremo
 Contra tanto delito;
 Clama piedad por ti, por tus hermanos
 Que en asilos lejanos,
 Sin olvidar á la querida Hesperia,
 Riegan con llanto el pan de la miseria.
 A tan noble tarea
 Naturaleza pròvida destina
 Tu númen creador; si aguijonea
 Llama pura y divina
 De patrio amor tu pecho generoso,
 Desencadena el eco sonoro.
 Cumplida así veremos la esperanza
 Que dió tu juventud, cuando ceñidos
 De lazos de amistad y confianza,
 Genil nos viera unidos,
 Pasear sus riberas tutelares,
 Y preludiar estudios y cantares.

Hemos dedicado á Mora más espacio del que creíamos porque fué un peregrino poeta que, lo mismo como clásico que en sus composiciones de índole romántica, descolló siempre por su talento y por su gracia.

De su indiscutible mérito habla Valera con grandes alabanzas, hasta el punto de decir que «sin duda convendría que se reuniese, ya que no todo, lo más selecto de los artículos de Mora, y de ello se hiciese una edición esmerada.»

Mora alcanzó edad muy avanzada. Murió en Madrid el 3 de Octubre de 1864.

El gran prestigio del polígrafo Mora, debe unirse al de su ilustre paisano y buen amigo don Antonio Alcalá Galiano, no sólo como poeta lírico excelente, sino también por haber sido el autor del prólogo que llevó el *Moro expósito*, del Duque de Rivas, consagración, por decirlo así, de la nueva escuela literaria, que tanto entusiasmo produjo y tan alto florecimiento alcanzó.

Hablando Valera de la doctrina estética que sentaba en su prólogo Alcalá Galiano, dice que «lejos de someter la inspiración á nuevos dogmas ó de aprisionarla en caprichosa red de preceptos y reglas, proclama y pide la más amplia libertad del arte. La mejor y más legítima poesía es aquella que, desateñiendo la servil imitación de antiguos modelos, acierta á expresar con sinceridad y con brío lo que se siente y lo que se piensa en cada nación y en cada período histórico.

La manera, pues (añade Valera) que tuvo Galiano de difundir el romanticismo, más bien que afirmándole, fué negando que lo hubiera. Nadie reconoce en Inglaterra diferencia alguna entre románticos y clásicos, entre la moda y el gusto de hoy y la moda y el gusto de otros días. Toda poesía elevada, espontánea y sincera está y debe estar siempre de moda y en consonancia perfecta con el recto juicio estético y con la aptitud de toda alma humana, bastante ilustrada y sensible para percibir la hermosura ideal y deleitarse con ella.»

Como poeta lírico descolló don Antonio Alcalá Galiano, que no daba importancia ninguna á este género de composiciones, por más que su selecta y copiosa erudición, unida á su inspiración y exquisito gusto, produjo singulares bellezas.

Conservó siempre á Cádiz un cariño grandísimo. Al avistar su ciudad querida después de 21 años de ausencia y en situación poco lisonjera, pulsó la lira en estos sentidísimos versos:

Quando te me apareces
 Como del seno de la mar nacida,
 Y á mis ojos ofreces
 La imagen conocida,
 Del suelo-en que empezó mi triste vida,
 Luciendo tu blancura
 Sobre el piélago azul que te rodea,
 Cual brillando en la altura
 Nieve cana hermosea
 El monte que la sierra señorea,
 Cádiz, reina algún día
 De la vasta extensión del Océano,
 A quien la suerte impía
 Derribó de la mano
 Roto y sin lustre el cetro soberano,
 Turbado y conmovido,
 Sintiendo el corazón romperme el pecho
 Con violento latido,
 Cual sintiéndose estrecho,
 Gimo y exclamo en lágrimas deshecho:
 ¡Madre un tiempo dichosa
 De quien suerte gozó menos mezquina!
 Acógeme piadosa;
 Tu hijo ante ti se inclina,
 Y ruina saluda á tu ruina.
 No buscando reposo
 A ti vengo, cansado peregrino;
 Juguete lastimoso
 De contrario destino,
 Mal mi grado, á tus playas me avecino.

Los recios temporales
 Osó arrostrar mi frágil navecilla,
 Y fieros vendavales
 A la materna orilla
 Náufraga vuelven la cascada quilla.
 A superior esfera
 El vuelo remontó mi atrevimiento,
 Y hoy con alas de cera
 Y con golpe violento
 Sirvo á locos arrojos de escarmiento.
 Herida traigo el alma,
 Que faltó en el sufrir la fortaleza;
 Ni mi quietud es calma,
 Que es el doblar la cabeza
 A peso enorme de inmortal tristeza.
 Amaba yo, y creía,
 Y encuentro ingratitud y desengaños
 Que no me prometía,

Y en decadentes años,
 Los que propios juzgué, tornarse extraños.
 Con fe y ardiente celo
 A ídolos adoré como á deidades;
 Despareció mi cielo,
 Y tristes realidades
 Hallo en vez de hechiceras vanidades.
 Iba el valle bajando
 De la vejez con paso trabajoso,
 En báculo fiando,
 Que al cuerpo tembloroso
 Desamparó, quebrándose engañoso.
 Perdona, Cádiz bella,
 Si tus torres no miro alborozado;
 Que mi maligna estrella
 Y siempre adverso hado,
 Las fuentes del placer en mi hañ secado.

Al cabo en tus arenas,
 Ideas nuevas poblarán mi mente,
 Que templarán mis penas,
 Volviendo lentamente
 El lustre antiguo á mi anublada frente.
 El mar que te circunda,
 Y mi infancia arrolló con voz de trueno,
 La viva luz que inunda
 Ese cielo sereno
 Y el aire tibio que te orea el seno.
 El ánimo abatido
 A restaurar alcanzarán acaso,
 Y aquí, donde he nacido,
 Si de placer escaso,
 Tranquilo al menos hallaré mi ocaso.

¡En vuestra compañía
 Hijos y esposa, á quienes tierno adoro,
 Prendas del alma mía
 Y superior tesoro
 Al de los bienes que perdidos lloro!
 Que si aspiré á renombre,
 Era porque mi sombra os amparase,
 Y en vosotros mi nombre
 Largamente durase
 Y en vosotros mi gloria reflejase.
 Cérquenme mis amores
 Y el cielo su existencia me dilate,
 Que alivio en sus rigores
 El mal que me combate

Tendrá y mi vida plácido remate.
 Donde el polvo reposa
 De la que fué la dulce madre mía,
 Sabia, justa, amorosa,
 En quien tener solía
 Amparo y dicha cuando Dios quería;
 Donde el mar afamado
 Descubro, á España de infelice suerte,

En que mi padre amado
 Cerró, cual varón fuerte,
 Gloriosa vida con heroica muerte.
 Aquí, fin propio tiene
 De mi existencia la carrera dura,
 Y yacer me conviene,
 Muerto de muerte obscura,
 Ignorado en humilde sepultura.

Valera, que como crítico y al mismo tiempo como pariente de Alcalá Galiano, ha añadido tanto nuevo á lo que el mismo don Antonio nos dejó dicho de su vida política y literaria, cuenta algo muy curioso respecto de sus poesías. Su descuido rayaba en lo inverosímil. Todas ó casi todas se hubieran perdido, á no ser por lo prodigioso de su memoria.

«De ninguna de ellas conservaba copia, ni impresa ni manuscrita, cuando cediendo á mis ruegos (palabras textuales de Valera), hallándome yo en Lisboa en 1850, sirviendo á sus órdenes en aquella Legación, las trasladó á un libro en blanco, del archivo de su mente en que las conservaba.»

No se puede juzgar por el pesimismo que abunda en muchas poesías de aquel eminente escritor y desgraciado é inhábil político, aunque superior crítico y orador, la verdad íntima acerca de su carácter.

Valera lo dibuja de mano maestra cuando dice:

«Es singular que Galiano, alegre y chistoso en su conversación y trato diario, peque de melancólico y quejumbroso cuando escribe para el público, y sobre todo cuando poetiza. Es cierto que á veces se nos manifiesta lleno de una piedad sincera y de profundo y religioso fervor; pero en no pocas ocasiones empañan ó deslustran la nitidez y belleza de los versos de Galiano los reiterados lamentos sobre la propia suerte y sobre la pobreza, abandono y peligros en que se mira.»

Y con mucha razón creyó Valera que si Alcalá Galiano no se hubiera dedicado á la política, «por donde su candidez y su buena fe le hicieron ir á menudo contra viento y marea, acaso hubiera brillado menos como orador elocuentísimo, pero sin duda hubiera brillado más y dejado más cumplidas y hermosas muestras de su saber y de su ingenio como literato y como poeta.»

El gran actor don Julián Romea era también un insigne poeta de la escuela romántica, y dejó multitud de composiciones que revelan su estro y sus bien pintadas pasiones amorosas.

Nació en Aldea de San Juan (Murcia) el 16 de Febrero de 1813 y murió en Madrid el 1.º de Agosto de 1868.

«La moda romántica (ha dicho Valera) y el espíritu religioso de Romea, que le mueven á buscar en lo sobrenatural cristiano comparaciones é imágenes para encarecer y ponderar los hechizos, la ternura y la belleza de su enamorada, así como el deleite sublime que todo ello le causa, tienen un no sé qué de sacrilego, que difícilmente puede perdonarse, sin que nuestra conciencia quede escrupulo-

sa. Todo buen poeta lírico es íntimo y subjetivo, y Romea lo es en extremo cuando canta sus amores.»

¡Qué tiernamente expresada la dulzura del amor en estos versos tan apasionados y seductores!

Vuelve á mi mente encendida,
Vuelve, recuerdo adorado:
Tú del corazón llegado
Embelleces el dolor.

Como el mágico prelude
De la lira del Profeta,
Como el alma del poeta
El primer sueño de amor.

Yo la miré, dulce, bella,
Como la flor en su broche;
Como el astro de la noche,
Melancólica vagar.

Y pura como su rayo,
Que en los aires se dilata
Y blanca lluvia de plata
Se desliza por el mar.

Con lágrimas de mis ojos
Mi corazón la llamaba;
Al hombre que la adoraba
Volvió su dulce mirar.

Y cual ancha catarata
De los cielos desprendida,
Bajó un torrente de vida
Mi corazón á inundar.

Y huyeron mis tristes sueños,
Y mis noches de quebranto,
Que vino á secar mi llanto
Su acento consolador;

Y resonó en mis oídos
Como un suspiro del cielo,
Como el misterioso vuelo
Del ángel del Señor.

Y esa voz idolatrada,
Su amor, su amor me ofrecía,
Que arrebató el alma mía
Con volcánico poder.

¡Su amor! hombres, ¿lo escuchásteis?
¿Hay algo que valga tanto?
Tierra de amargura y llanto,
¿Qué me puedes tu ofrecer?

¿Qué es el poder, y sus tronos,
Y sus altivas murallas,
Y el laurel de las batallas,
Y la alta gloria inmortal,

Ni el hondo mar encerrado
De sus perlas el tesoro;
Si ella me dice *te adoro*
Con su labio celestial?

¡Ángel de amor!... Para siempre
Mi alma á la tuya unida!
Mira, tal vez de la vida
En el último escalón,

Verás tu imagen mudada
Bajo la arruga enojosa...
¿Quieres verla fresca, hermosa?
Búscala en mi corazón.

Sí, que allí junto á la tumba
Mis recuerdos lisongeros
Como en mis años primeros
En mi pecho se alzarán;

Siendo mis cabellos blancos
Sobre mi frente arrugada
Blanca nieve amontonada
Sobre el horizonte volcán.

Mas si una temprana muerte
Entre nosotros se lanza
Y seca en flor la esperanza
De mi ardiente juventud;

Tú que oíste de mi alma
El juramento primero,
Escucha el voto postrero
Que sonará en mi laúd:

«Cuando de la eterna noche
En la inmensidad perdido
Pase el viento del olvido
Por mi esperanza y mi amor,

Sólo te pido, pues fuiste
Luz de mi vida, mi gloria,
Un suspiro á mi memoria
Y á mi sepulcro una flor.»

Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, cuyo nombre se hizo tan respetado como hablista, académico y anticuario, fué también en su juventud poeta lírico de dulce inspiración. Sus poesías amorosas revelan pasión encendidísima del alma, que entregada estuvo á una singular belleza que para él era, al menos espiritualmente, su cielo y su gloria. Por este apasionado y castizo romanticismo de sus predilecciones, consiguió ser muy estimado entre los defensores de la nueva escuela. Fué asimismo digno de alabanza por algunas obras dramáticas que escribió, ya propias, ya en colaboración con Tamayo y Baus.

Entre sus más notables trabajos de erudición quedará su admirable *Vida de*

Quevedo, publicada en la *Biblioteca de Rivadeneyra*, trabajo de crítica superior entre los buenos que se han escrito acerca de aquel inmortal polígrafo.

Como muestra de su preciosa versificación, copiemos ésta dedicada á Higiara, nombre que ocultó á su adorada:

Despertad, y en vuestro aroma
 Bañad el ambiente, flores;
 Que el alba vertiendo amores
 Ya por el Oriente asoma.
 Y, á sus mágicos destellos,
 Los horizontes perdidos
 Ostentan colores bellos
 Que enamoran los sentidos.
 El arroyuelo sonoro
 Corre con ledo murmullo,
 De los sauces al arrullo,
 De ayes mil al libre coro.
 Y sus raudales de plata,
 Copiando la inmensa altura,
 Para súbito, y retrata
 De mi dueño la hermosura.
 Aura, levántate, y ven
 Del campo sobre las galas,
 Con tus suavísimas alas
 Refresca mi ardiente sién.
 Y llévale en raudo giro
 A la luz de mis contentos
 Mi enamorado suspiro,
 Mis amantes pensamientos.
 Llévale de mi pasión
 Los ayes acongojados,
 Que en ellos irán mezclados
 Pedazos del corazón.
 Del fuego que me devora
 Llévale como despojos
 Estas lágrimas que ahora
 Se deslizan de mis ojos.
 Yo me vi ser bien amado,
 Vuelta en gloria mi amargura,
 En cielo de lumbre pura
 Todo un abismo trocado.
 Y si matara el placer,
 ¡Ay, que no viviera, no!
 ¿Pude tanto merecer?
 ¿Más alto bien lograr yo?
 Esa aurora tan galana
 Que por las puertas de Oriente
 Se muestra resplandeciente
 En su carro de oro y grana;
 Que arroja, en blando desvío,
 De su mano de azahar
 Perlas al bosque sombrío,
 Plata al indómito mar;
 Que dora la densa bruma
 y envuelve en tintas extrañas
 El humo de las cabañas,
 De los torrentes la espuma;
 Iris de dicha fecundo,

Fué la aurora que reia
 Cuando descendiera al mundo
 El ángel del alma mia.

—
 ¡Higiara! ¡Higiara! de amor
 Cifra y de gloria y dulzura,
 Astro de mi noche obscura,
 Bálsamo de mi dolor;
 Mar ajeno de mudanza,
 Cielo de mi libertad,
 Tú eres mi sola esperanza,
 Tú eres mi felicidad.
 Si de tu hechicera voz
 Perdido escucho el acento,
 Por mis venas al momento
 Discurre fuego veloz;
 Y túrbome al deleitoso
 Eco, y mi sér se estremece,
 Y en mi labio tembloroso
 La palabra desfallece.
 Si entre cien bellas, al fin,
 Mi corazón te columbra,
 Como la flor que deslumbra
 En encantado jardín,
 En cruda ansiedad deshecho,
 Y en zozobra y confusión,
 Salirse quiere del pecho
 El cautivo corazón.
 Aquel extraño sentir,
 Aquel afanoso estar,
 Aquel amante esperar,
 Aquel inquieto vivir;
 Mi mano á tu mano asida,
 Verte, oírte, contemplarte...
 ¿Qué dicha iguala en la vida
 A la dicha de adorarte?
 ¿La gloria?... Efímero nombre,
 Dón fatal de varia suerte,
 Veneno que da la muerte,
 Fósforo que engaña al hombre!
 ¿El humo de la lisonja
 De plebe inconstante y vana?
 En hiel empapada esponja,
 Flor del almendro temprana!

—
 Eres mi gloria mayor,
 En ti mis delicias fundo,
 No existe nada en el mundo
 Para mí de más valor.
 Mi constante pensamiento
 Es la fe que te ofrecí...
 Si te olvidare un momento
 Fálteme la vida á mí.

Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe había nacido en Granada el 16 de Junio de 1816, y murió en Madrid el 7 de Septiembre de 1894.

Su padre, don José, había sido notable escritor y autor de excelentes trabajos de crítica sobre el teatro antiguo español.

Y el hermano de don Aureliano, don Luis, autor dramático y galano estilista, en prosa escribió una obra que honrará siempre á la literatura del siglo XIX: su hermoso libro histórico y crítico acerca de *Don Juan Ruiz de Alarcón*.

Don Fernando de la Vera é Isla, poeta muy excelente, aunque por su excesiva modestia poco conocido hasta que el señor Valera ha hecho su merecido encomio; nació, créese que en Mérida, en la segunda década del siglo XIX.

Fué amigo de Espronceda, de Zorrilla y de Enrique Gil.

A la muerte de este distinguido poeta dedicó esta sentida composición:

No de altivo laurel rama frondosa
Colgaré yo con mano temeraria
Donde tu tierno corazón reposa
Bajo tumba modesta y solitaria;
Blanca azucena y encendida rosa,
Llanto ardoroso y sincera plegaria,
Serán los dones que mi amor te ofrece
Y que el recuerdo de tu amor merece.

Que tu existencia como el aura suave
Pasó sin ruido por el triste suelo,
Como la blanca estela de la nave,
Cual la línea que forma con su vuelo
Sobre el tendido firmamento el ave.
Así pasaste de la tierra al cielo,
Dejándola bañada en armonía
Los ecos de tu dulce poesía.

Ni á los aplausos de guerrera gloria,
Ni al rumor de tumultos populares
Mezcló tu nombre nuestra triste historia,
Ni la ambición lo guarda en sus altares.
Pura, como tu vida, tu memoria
Quedará en tus dulcísimos cantares,
Como queda en el vaso cristalino
La rica esencia de licor divino.

Adiós, dulce poeta, tierno amigo,
Que en los helados brazos de la muerte
Hallaste al fin impenetrable abrigo
Contra los tiros de envidiosa suerte.
Si tu espíritu baja á ser testigo
Del llanto acerbo, que mi pecho vierte,
Huella á lo menos tu querida sombra
De frescas flores olorosa alfombra.

¡Ay! esas flores, que mi amor te envía,
Regadas con el llanto de mis ojos,
Eran ayer emblema de alegría;
Hoy lo son de la muerte y los enojos.
Al esparcirlas en la tumba fría,
Que guarda para siempre tus despojos,
Imagen son á mi angustiada mente
Del bien pasado, y del dolor presente.

Y celebrando á Espronceda en versos que escribió á la muerte del cantor de *El Diablo Mundo*, manifestó su amor entrañable al poeta y su noble y leal amistad, cuando dijo:

De su amistad el celo fervoroso
 Fué igual en el dolor y la alegría;
 Enemigo leal y generoso
 Ni aun pudo imaginar la hipocresía;
 Cuando su rostro audaz y desdeñoso
 Ostentaba el desprecio y la ironía,
 Bastaba una mirada de cariño
 Para darle el candor de incauto niño.
 Tal fué el claro poeta: si en su frente
 Más de una vez las nubes amontona
 La tempestad del alma, y tristemente
 Obscurece el fulgor de su corona,
 ¿Quién en el canto, al par tierno y valiente,
 De tan insigne vate no perdona
 Los ecos que á su lira en nota dura
 Pudo arrancar la escéptica amargura?

«Vera (dice Valera) compuso sus versos casi involuntariamente, sin pensar en la honra y en el provecho que pudieran conquistarle, sino movido por el estro solo y para desahogo de su alma religiosa y enamorada. De aquí que sea poco lo que escribió y que este poco sea conciso, sin contener más que lo que debe contener, sin que nada huelgue ó esté de sobra.»

De su delicadísima poesía *La Fuente*, hace tan grandes elogios el ilustre crítico citado, que bastan para la fama de un poeta digno de la amistad que le tuvieron Espronceda y Enrique Gil.

«Las coplas de pie quebrado *La Fuente* son la más bella manifestación (palabras textuales de don Juan Valera), no sólo de su estilo, sino también de sus creencias y de sus nobles y puros afectos. Aunque no hay asunto más trillado por los poetas que el de describir una fuente, tomarla por símbolo de la vida humana y deducir una lección moral de todo ello, la íntima y natural sinceridad con que Vera se expresa, sin rebuscar frases raras y sin alambicar conceptos, da encantadora novedad á esta poesía.

»La gracia del poeta no está en descubrir ó revelar lo que no se sabe, sino en expresarse con tal intensidad y fervor en las palabras, que penetre en el corazón de quien le lea ó le oiga y encienda allí fuego igual al que en él arde, y luz tan clara y brillante como la que á él ilumina.»

¿No ves esa fuente pura
 Cuya plácida corriente
 Resbala desde la altura
 Dulcemente?
 ¡Cuán alegre y bulliciosa
 Ya forma cintas de plata,
 Ya entre los guijos medrosa
 Las desata!

Ya con voluptuoso enlace
 Recibe en globos de perlas
 Al aura, que las deshace
 Por beberlas.
 Ya con ademán esquivo,
 Riéndose de su pena,
 Burla su abrazo lascivo
 En la arena.

Y sus ondas en reposo,
Retratan con formas suaves
El vuelo raudo y gracioso
De las aves.
Corona el césped su frente
Con el menudo guijarro,
Tan limpio, que no consiente

Paso al barro;
Porque un velo virginal
Sobre su margen florida
Tiende aún puro, el manantial
De su vida.

La poesía es muy extensa; pero conservando siempre originalidad y hermosura.

Desde 1843 estuvo don Fernando Vera prestando muy buenos servicios en la carrera diplomática. En 1883 publicó un libro de poesías.

Murió en Madrid el 31 de Julio de 1891.

Al citar el elogio de Enrique Gil, hecho por su buen amigo Fernando de la Vera, no dejaremos en el olvido á un escritor muy notable que en su juventud dió claras muestras de sus aficiones románticas, adelantándose á muchos que luego cultivaron las composiciones legendarias.

Hablamos de don Patricio de la Escosura, el cual publicó después multitud de obras, y fué también novelista y autor dramático distinguido.

En 1835 se dió á la estampa su leyenda *El bulto vestido de negro capuz*, que trata de las comunidades de Castilla y del ajusticiamiento de uno de los sostenedores del alzamiento, el obispo Acuña.

Así empieza la leyenda:

El sol á Occidente su luz ocultaba,
De nubes el cielo cubierto se vía;
Furioso en los pinos el viento bramaba,
Rugiendo agitado Pisuerga corria.
Soberbia Simancas sus muros ostenta,
Burlando la seña del fiero huracán;
Mas ay! del cautivo que mísero cuenta
Las horas de vida por siglos de afán.
Por medio del monte, veloz cual la brisa,
Cual sombra medrosa, cual rápida luz,
Un bulto que apenas la vista divisa,
Camina encubierto con negro capuz.
Mudado el semblante, la vista azorada,
Sollozos amargos lanzando sin fin,
La madre invocando de Dios adorada,
De hinojos se postra del rio al confín.
Del ave nocturna la voz agorera
De encima el castillo se deja escuchar;
Relámpago rojo con luz pasajera
Las densas tinieblas haciendo cesar.
¡Dichoso mil veces! el mísero exclama,
¡Dichoso!, murallas que al fin os miré.
Y al punto inflamado de súbita llama,
El rezo dejando, se pone de pie.

La leyenda termina de esta manera tremebunda, tan del gusto de la escuela romántica, y al mismo tiempo tan inverosímil:

Levantán en medio de patio espacioso
 Cadalso enlutado, que causa pavor;
 Un Cristo, dos velas, un tajo asqueroso
 Encima, y con ellos el ejecutor.

En torno el cadalso se ven los soldados,
 Que fieros empuñan terrible arcabuz,
 A par del verdugo mirando asombrados
 Al bulto vestido del negro capuz.

—¿Qué tiemblas, muchacho, cobarde alimaña?
 Bien puedes marcharte, y presto á mi fe,
 Te faltan las fuerzas, si sobra la saña,
 Por Cristo bendito que ya lo pensé.

—Diez doblas pediste, sayón mercenario,
 Diez doblas cabales al punto te di,
 ¿Pretendes ahora negarme, falsario,
 La gracia que en cambio tan sola pedi?

—Rapaz, no por cierto! Creí que temblabas.
 Bien presto al que odias veraslè morir...
 Y en esto, cerrojos se escuchan y aldabas
 y puertas herradas se sienten abrir.

Salió el comunero gallardo, contrito,
 Oyendo al buen fraile, que hallándole va,
 En frente el cadalso, miró de hito en hito;
 Mas no de turbarse señales dará.

Encima subido, de hinojos postrado,
 AL MÁRTIR POR TODOS oró con fervor.
 Después sobre el tajo grosero inclinado:
 «El golpe de muerte», clamó con valor.

Alzada en el aire su fiera cuchilla,
 Volviéndose un tanto con ira el sayón,
 Al triste que en vano lidió por Castilla
 Prepara en la muerte cruel galardón.

Mas antes que el golpe descargue tremendo,
 Veloz, cual pelota que lanza arcabuz,
 Se arroja al cautivo —¡GARCÍA!!!> diciendo
 El bulto vestido de negro capuz.

—¡MI BLANCA!> responde; y un beso, el postrero,
 Se dan; y en el punto la espada cayó.
 Terror invencible sintió el sayón fiero
 Cuando ambas cabezas cortadas miró.

El P. Blanco García ha estado muy injusto al hablar de don José Bermúdez de Castro entre los poetas románticos. Don José, según su opinión, era partidario del *romanticismo nebuloso y desgredado*, complaciéndose en pintar las más atroces y repugnantes escenas, tales como la danza de los muertos bajo la losa de su sepultura (*el día de difuntos*) y la despiadada crueldad del poderoso con el mísero errante que llama á su puerta (el peregrino).

Así, juzgada por una crítica descontentadiza la composición de don José Bermúdez de Castro, se inclina el ánimo á lo peor. Cuando menos, se llega á suponer que sería una fealdad artística que ni aun debía mencionarse como producción pasajera.

Pero nosotros entendemos lo contrario. La poesía *El día de difuntos*, es verdaderamente notable; revelan muchos de sus rasgos un inspirado vate. La conside-

ración de la muerte, las ceremonias tristísimas del día de difuntos, le hacen meditar sobre la pequeñez de nuestra vida y lo mísero de nuestro fin, aun con la consideración puramente finita y humana; y de aquí surgen amargas reflexiones para el poeta que va examinando, á manera de filósofo, lo que es en sí la muerte y su salvadora intervención en las agitaciones y tragedias del vivir.

En el triste cementerio
 Distruido paseaba
 Cual camina un extranjero
 Perdido en tierra lejana.
 Una dolorosa pena
 Sentí dentro de mi alma
 Por las pobres sepulturas
 Completamente olvidadas.
 Una entre todas, cubierta
 De blanco mármol se alzaba.
 Nuevas sus letras de oro,
 Traidoramente brillaban.
*«Memoria eterna decia,
 De una esposa desgraciada»;*
 Y la yerba la cubría
 Y ni una flor la adornaba.
*Un terrible pensamiento
 Que el mismo infierno abortara
 Nació dentro de mi pecho,
 Que aún le destroza y desgarrá.*
*«¡Si fuese cierto, me dije,
 Que allí los muertos pensarán!...*

—
 Si fuese cierto que en la tumba fría
 Convulsivos los muertos se agitasen,
 Y en continuos esfuerzos noche y día
 Noches y días de furor pasasen.

Tal vez alguno con sus secos brazos
 La losa empuja que resiste quieta
 Y pugna triste por romper los lazos
 Que á su lecho de muerte le sujeta!

—
 ¡Y qué fuera si la muerte
 Abridgase allá en su seno
 Todo el acerbo veneno
 De algún gusano roedor!
 ¡Maldita, maldita suerte
 La memoria descarnada
 De alguna vida enlazada
 A nuestra vida de amor!

Pues sin duda habrán tenido,
 Aunque del mundo olvidados,
 Seres tiernos, adorados,
 Con quien sus almas mezclar;

Si ven tan ingrato olvido
 Desde su tumba apartada,
 Nunca de llanto regada,
 Ay! cuánto deben llorar!

Si pudiera, cuando todos
 Duermen con sueño profundo
 Volver solitario al mundo

Donde la vida gozó!
 Abrir el libro empolvado
 Que tanto le entretenía;
 El cajón donde tenia
 Mil objetos que mirar.
 Llegar trémulo y helado,
 Avivar el muerto fuego;
 Sentarse cómodo luego
 Y calentarse al hogar...
 Mas ni este triste consuelo
 Viene á interrumpir su pena:
 Sólo del gusano suena
 El tardo duro roer.

Y, si (crüel pensamiento),
 Los muertos también amaran,
 Si memoria conservaran,
 ¡Fuesen celosos allí!...

Amante que tal tormento
 Recuerdas triste y medroso,
 De ese cadáver celoso
 ¿Comprendes el frenesi?...

¡Estar quieto, mientras ella,
 La mujer que se adoraba,
 Por quien el alma se daba,
 De tu nombre se olvidó!

¡Verla amante, siempre bella,
 De amor roja en otros brazos,
 Y repetir los abrazos
 Que en otro tiempo te dió!

¡Escuchar sobre otro pecho
 Alguna palabra amada
 Que en el tuyo reclinada
 Sólo pudiera decir!

Y desde tu obscuro lecho
 Mirar con rabia impotente
 Que besan su labio ardiente
 Y no poderlo impedir!

—
 Y no poder una noche,
 Cuando lejos silba el viento
 Escondirse en su aposento
 Mientras al baile se fué.

Y cuando baje del coche
 Entre risueña y cansada,
 Y desate descuidada
 Los lazos de su corsé;
 Cuando solá, ante el espejo
 Jire las gasas y flores
 Y en las palabras de amores
 Piense que acaba de oír,

Del cristal en el reflejo
 Mostrarse en rayo luciente,
 Esqueleto transparente
 Con sardónico reír!...
 Y con largo beso frío
 Devorar convulsamente
 Su seno duro y ardiente
 Y sus labios de coral;
 Apretar con rabia y brio
 Su blanda mano de rosa
 Con mano dura, huesosa,
 Que apretó la desleal!
 Y después... con ronco acento
 Del pecho hueco y profundo,

Suspiro de moribundo,
 Poderle decir así:
 —¿Qué se ha hecho el juramento
 Que antes de morir me hiciste,
 Cuando, falsa, prometiste
 Que vendrías tras de mí?
 Muy pronto lo has olvidado
 Mientras yo solo gemía,
 Y allá en esa tumba fría
 Te aguardaba con amor...
 Vengo de esperar cansado
 A reclamar tu promesa.
 Lecho común es la huesa;
 Ven, alivia mi dolor.»

Digno remate de tan patética composición es la final apoteosis que hace el poeta de la muerte; término de todo humano padecimiento, de todo trabajo, de toda angustia:

¡En lo profundo del pecho,
 Como dolorosa herida,
 Este extraño pensamiento
 Cual cáncer me martiriza!
 ¡Y corroe uno á uno
 Los resortes de mi vida;
 Se hunden mis cansados ojos
 Y se ahuecan mis mejillas!
 Pues nada más horroroso
 Ni más terrible sería
 Que velar en el sepulcro
 En una noche continua.

No fuera entonces la muerte
 Una solitaria orilla
 En medio de la tormenta
 De los mares de la vida.
 El hombre contra el Destino
 Ningún asilo tendría;
 Ni aun las sombras del sepulcro
 Seguro puerto serían.
 No pudiera consolarle
 Cuando la tormenta silba
 La esperanza de la calma
 Que sigue al fin de los días.

Don José Bermúdez de Castro había nacido en Cádiz en 1816. Hizo sus estudios en Sevilla. Muy joven se dedicó al cultivo de la poesía, descubriendo brillantes disposiciones.

También publicó en Madrid algunos relatos novelescos, entre los que hay uno interesante sobre el gran pintor Velázquez y el autor del *Quijote*.

Entre los más fervientes partidarios de la escuela romántica en Andalucía y autor de trabajos muy estimables, debe citarse el nombre de don Francisco de Paula Hidalgo, persona de exquisito gusto y mucha erudición; fué también muy perito en el idioma latino. Dejó hechas y publicadas traducciones en prosa de muchos clásicos, que fueron elogiadas por las personas doctas.

Había nacido en Medina Sidonia (Cádiz) el año de 1827, y desde niño dió muestras señaladas de sus predilecciones al estudio.

En 1845 publicó una *Leyenda* acerca de Doña Blanca de Borbón, esposa de Don Pedro el Cruel.

El reinado de aquel monarca, tan controvertido todavía por algunos historiadores, dió materia abundante á los poetas románticos para trabajos dramáticos y legendarios de distinta índole.

La leyenda histórica de don Francisco de Paula Hidalgo está de acuerdo con los que sostienen que el calificativo que mereció Don Pedro por sus actos fué el de *cruel*, no el de *justiciero*.

«Cuando se fija la atención—ha dicho con mucha razón don Alberto Lista— en el carácter, altamente dramático de este príncipe, en su corazón capaz de amor y de amistad, en la vehemencia é impetuosidad de sus deseos, en su intrepidez heroica y en la firmeza de su voluntad, la imaginación, subyugada por tan grandes cualidades, desea poder desmentir solemnemente á los historiadores que tanto le han maltratado. Pero esta ilusión cesa apenas se desciende de las altas regiones de la fantasía al terreno verdadero de la historia.

»Esta puede haber exagerado; mas no es posible desconocer que las pasiones desenfrenadas de Don Pedro le acarrearón todos los enemigos que tuvo, y de cuyo odio justo pereció víctima: que fué un monstruo de lascivia, de crueldad y de perfidia; y, en fin, que cometió toda clase de maldades, sin estar compensadas por ninguna acción virtuosa, por ninguna providencia útil á los pueblos.»

Don Francisco de Paula Hidalgo adopta en esto la manera que tenía el Duque de Rivas para hablar de las maldades ordenadas por aquel monarca con soberbia inaudita. No tiene perdón, ni podrá tenerlo nunca, la infame é injusta persecución de Doña Blanca, encerrada en el castillo de Medina Sidonia, y allí muerta violentamente de orden de su esposo. El trabajo del señor Hidalgo tiene mérito y está escrito con mucho sentimiento é inspiración.

Es bella, entre otros pasajes, la introducción de la segunda parte de la leyenda.

Ay! triste la paloma
Que abandonó su nido,
Buscando en otro suelo
Los goces del amor;
Y no bien al espacio
Sus alas ha tendido,
Encuentra en vez de dicha
Perenne torcedor!

Aj! triste la paloma
Que alegre y confiada,
Ayer soñaba amores
Su pecho virginal,
Y en hondo desconsuelo,
En su prisión dorada,
Hoy lucha la infelice
Con su suerte fatal!

Paloma encantadora!
La patria do naciste,
Henchida de esperanza,
De gloria y porvenir,
¿Por qué ¡ay! la dejaste?
Sin duda no creiste
Que al corazón las penas
Le suelen combatir!
Los plácidos ensueños,
La paz de que gozara

Tranquilo y descuidado
Tu virgen corazón,
Huyeron cual la niebla
Que el euro disipara,
Robando de tu mente
La mágica ilusión.

En vano, en vano esperes
Del hombre despiadado,
Que á perenal olvido
Condena tu existir,
Que llegue hasta tus plantas
De amor enajenado
Para tornar en goces
Tu mísero sufrir.

En vano, sí, recuerdas
Los días placenteros
Que gratos arrullaron
Tu ensueño juvenil!...
Pasaron ya, pasaron
Fugaces y ligeros
Dejando herida el alma
Con ansiedad febril.

Todo para ti es noche!
Ya el sol no llega ufano
Ante tus ojos bellos
Su luz pura á mostrar;

¡ Ah! Misero de mi, que en vano elijo
 El bien que mi alma llena
 Si me faltáis vosotras! Y me dijo
 La Caridad serena:
 ¿ Por qué ese olvido en rescatar te afanas?
 No somos envidiosas:
 Si conmigo te vienes, mis hermanas
 Te seguirán gozosas.

El Marqués de Molins era en su juventud uno de los poetas más fervorosos del romanticismo imperante. Con motivo de una cabalgata con que fué obsequiada la Condesa de Teba, en 1845, compuso un precioso romance en que describe el suceso con seductora lozanía.

Los pastores y zagalas
 En mil preguntas se pierden,
 Y cuanto la vista ignora
 El cuitado pecho siente.
 — Dinos, gentil criatura,
 Que así enamoras y vences,
 Que cuando el sentido encantas
 Llagas el alma, ¿ quién eres?
 Cual tú, pintan las leyendas
 A las *hijas de los reyes*,
 Y cual tú los campeones
 Que en Tierra Santa florecen.
 ¿ O eres más bien linda maga
 Y ocultas bajo los pliegues
 Del manto encantada silla
 Que por los aires te lleve?
 Paras, y leda sonries,
 Y la amiga mano tiendes
 A la turba, que admirada
 La verdad en fin comprende.
 Sólo en el reino de amor
Ciña diadema tu frente.
 Tus miradas son tus armas:
 ¿ Quién las vió de mejor temple?
 Son tus años juveniles
 Tus encantados jaeces;

Ni ¿ para qué más hechizos
 Que no contar diez y nueve?
 Tiempo es que paren las danzas,
 Tiempo es que los juegos cesen,
 Y que á Morfeo brindemos
 Con tibia espumosa leche.
 A su influjo en lecho blando
 Que la lealtad te previene,
 Tú, que del pasado ries,
 Bella Eugenia, duerme, duerme.
 Que los sueños placenteros
 Coronen tus puras sienas,
 Y un porvenir te descubran
 Tan fausto como el presente.
 Sí, que á tu edad, bella niña,
 Suspensa el alma entre muelles
 Esperanzas se columpia
 Y entre ilusiones se mece.
 Así en el bosque nativo
 El zagalillo se duerme
 Al columpio de las ramas,
 Al murmullo de las fuentes.
 ¡ Ay de aquel que desvelado
 Por hondas penas aleves,
 Sólo fía su reposo
 A los brazos de la muerte!

El mismo cantor á la cabalgata de la Condesa de Teba en 1845, había sido en 1837 el que pronunció el discurso de despedida ante el cadáver del malogrado Larra, en el cementerio de la Puerta de Fuencarral, « donde las manos de la amistad, en frase de Pastor Díaz, le habían preparado un nicho ».

Allí, en aquel mismo camposanto, apareció pocos momentos después una gloria de la literatura del siglo XIX, un genio de la poesía española, el vate más original entre todos los contemporáneos de la revolución romántica, don José Zorrilla, de quien hemos de hablar en otros capítulos.

Aunque asimismo volveremos á ocuparnos de don Mariano J. de Larra con

mayor extensión en otras páginas de esta obra, he de mencionar su nombre como lírico, pues por más que se le estima poco en este concepto, sería injusto negarle el mérito efectivo que como tal reveló en muchas composiciones, probando que sentía hondamente la pasión amorosa y la expresaba en verso con facilidad y ternura.

Don Mariano José de Larra, nunca dejaba de ser crítico; aunque sabía dar consejos á otros, no los tomaba para sí propio, siendo juguete de las pasiones. Hablaba él, por ejemplo, de la comedia nueva de Gorostiza, *Contigo pan y cebolla*, y aplaudía el fin, que era el de sacar á plaza toda la ridiculez de aquellos jóvenes irreflexivos que todo lo abandonaban románticamente por el amor, las más de las veces sin considerar si se hallaban verdaderamente enamorados ó si sólo creían estarlo cuando exclamaban satisfechos: *Contigo pan y cebolla*; causa y semillero de infinitas desgracias.

Creíase en tiempo del romanticismo que las novelas tenían la culpa de las locas bodas y desatinados enlaces que en el mundo se hacía.

«No está todo el daño en las novelas — replicaba Larra — la mayor parte está en el corazón humano... La organización de una mujer es la verdadera novela perniciosa, y por desgracia es la que no se le puede quitar; este es el libro donde aprende á amar; á una belleza fría, de quien nada reclame el insensible corazón, dénsese todas las novelas del mundo y dénselas sin cuidado: nosotros respondemos de su inalterable tranquilidad y de su eterna sensatez. Aquella, empero, que ha recibido de la naturaleza el funesto dón de una extrema sensibilidad, quítensele las novelas y será en balde. Mientras no se le quiten los ojos respondemos de que hará todas las locuras del mundo por seguir el objeto que una vez la haya deslumbrado. Por este estilo creemos que son la mayor parte de las locuras que hacen los hombres miserables; imperiosas leyes que impone la naturaleza y que paga el hombre...»

En la poesía titulada *Recuerdos*, escrita en Lisboa en 1835, hay mucho de amoroso y sentimental. Expresa sin duda los estados de su alma.

En el inquieto elemento
De la bahía anchurosa
Sólo el balance alternado
Del surto buque se nota.

Tan presto un hondo suspiro
De su corazón rebosa,
Como á sus trémulos labios
Sonrisa amarga se asoma.

Al fin lanza de su pecho
La voz destemplada y ronca,
Y así al Tajo, que le escucha,
Con triste acento apostrofa:
«Río Tajo, río Tajo,
El de la corriente undosa,
El de las arenas de oro,
El que padre España nombra;

Tú me viste más felice
Que infeliz me ves ahora;
Aún no pasaron seis lunas
Y pasó mi dicha toda.

Risas y juegos y amores
Me tejían la corona;
Mas era de flores leves
Que un leve soplo deshoja.

Y hoy más lágrimas ardientes
De mis pobres ojos brotan
Que turbias ondas revuelves
Contra el muro de Lisboa;

Que amor, como tú, en su origen
A bogar manso provoca
Al incauto navegante
En sus aguas humildosa.?

Y, á su fin, crecido y fuerte

Y caudaloso le ahoga,
De sus esfuerzos burlando
En la barra procelosa.
Lleva á los mares mis quejas,
Ya que tu corriente loca
No te consiente tornarlas
A donde está mi Señora.
Tal vez ora con tus aguas
Mezcla lágrimas copiosas,
Y tú al mar llevas con ellas
Al mismo que las provoca.

Tú que fecundante bañas
Las regiones españolas
Desde el alcázar de reyes
Que Aranjuez rico decora.
Hasta las playas de Luso,
Archivo de tantas glorias,
Deja un punto para oirme
Sus venerandas memorias.

Diles que errante y perdido
El vate infeliz se arroja
Al mar, maldiciendo acaso
La misma patria que adora;
Que busca paz en el golfo
Y sepultura en las olas,
Que su musa es la desgracia
Que las tormentas invoca.
Diles que tan solo un voto
La amistad para ellas forma:
¡Plegue á Dios que no amen nunca
Las que aún el amor ignoran!

¡Plegue al cielo que en su vida
Las haga el amor dichosas!
Que son del amor las dichas!
Más amargas que las ondas.
Como ellas también volubles,
Como ellas halagadoras,
Pérfidas también como ellas
Y como ellas azarosas.
Esto diles, y en tu curso,
Si ha de ser mi última hora,
Haz que tus ondas me traigan
El nombre de mi Señora.

Aún sonaban los acentos
De la sombra misteriosa,
Y ya apenas se estrellaban
En los muros de Lisboa.
Lejos de la playa amiga,
El bajel humilde boga;
Tal vez se hunde en los abismos;
Tal vez en las nubes toca.
Arrecia el viento irritado
Sacudiendo la ancha lona:
Un punto negro es el barco
Entre la espuma furiosa.
Montes de agua le combaten,
Vientos opuestos le azotan,
Ardientes rayos le abruman.
Continuos truenos le asordan.
Y con la tormenta el vate
Confunde su voz sonora,
Y en su último acento se oye
El nombre de su Señora.

Perteneció también á la escuela romántica, y no puede ser olvidado un ingenio misántropo que dijo muchas verdades en su habitual manera de ser, y gozó de cierta fama de estrafalario, aunque tuvo muchos amigos de valía que supieron comprender sus francas manifestaciones. Nos referimos á don Jacinto de Salas y Quiroga.

Don Jacinto nació en la Coruña el 14 de Febrero de 1813. Estudió en Madrid y Burdeos. Viajó mucho por la América meridional. Volvió á Europa en 1832. Visitó entonces Inglaterra y Francia. Desde el año 1835 empezó á escribir en varios periódicos políticos. Antes, había publicado gran número de poesías. Con un destino del Gobierno estuvo el año 39 y parte del 40 en Puerto Rico y Cuba. Ha dejado mucho escrito, pues era hombre ilustrado y curioso.

Como poeta romántico se daba á notar por su glacial pesimismo. La duda le dominaba por completo. El P. Blanco García dice arbitrariamente que, como poeta «parece haber reunido los sueños de *Las Soledades*, despojándolos de su ingenuidad para vaciarlos en el troquel de un lenguaje nada castizo con pujos de filosófico y trascendental.»

Estos podrán ser defectos de algunas poesías; pero en la mayor parte lo que notamos son muchos pensamientos pesimistas que no parece gustaban al crítico

por la manera descarnada de la manifestación de las ideas, lo cual no es lo mismo que se supone. Su ilustración favorecía para discurrir con originalidad.

La poesía titulada *Ilusiones*, tiene, aunque con algunas imperfecciones de forma, versos que hacen sentir y pensar, en medio de la duda que los inspiró.

Son los primeros años de la vida
 Un columpio de ensueños. Son las horas
 De la primera edad la flor mecida
 Al aura de las brisas bienhechoras.
 Es el viento una Sífide escondida
 Que, al crepúsculo ve de las auroras
 Y llorando en el tímido rocío
 Late en las ondas trémulas del río.
 ¡ Amor! ¡ Fatalidad! El primer día
 Que el mortal ama siembra de amargura
 La abundante cosecha. El que no fia
 A la par de su alma su ventura;
 Quien en la luz, imitación del día,
 Pone su amor, perdida criatura,
 Verá ardiendo su frente candorosa;
 Arder como la incauta mariposa...
 Cárcel de cera el corazón yo creo,
 Vive entre el hielo y se dilata unido:
 Si en él cae una chispa del deseo,
 Perece lentamente derretido.
 Amor, el corazón es tu trofeo;
 Amor, las ilusiones son tu nido,
 Que en vano el hombre el alma darte quiere
 Si ella, cuando se da, contigo muere.
Todo mentira cuanto en torno vemos;
Todo ilusión cuanto ¡oh dolor! mentimos.
En el amor angélico creemos;
En el nuestro creemos y mentimos.
Buscamos con dolor lo que seremos;
Vanamente buscamos lo que fuimos.
Y en este infierno cruel de confusiones
Sólo verdades son las ilusiones!!

Las amargas afirmaciones que dejó consignadas el vate más pesimista del Parnaso romántico español se hallan de acuerdo con los testimonios de la humanidad que piensa y reflexiona. No hay nada vago ni obscuro, como pretende decir el P. Blanco García, en la manifestación de su pensamiento. Ni hay semejanza siquiera entre la manera nueva de expresión, clara y terminante, de Salas y Quiroga, con las reconditeces rebuscadas y absurdas del gongorismo de *Las Solitudes*. Y Salas propagaba ideas filosóficas con palabras y giros castellanos que todas las personas sensatas podían comprender.

El gran poeta de los soñadores y los legendarios, Zorrilla, que comprendió mejor que hoy quieren comprender á Salas los críticos del escolasticismo desacreditado, ha dejado en sus escritos una notabilísima poesía, que demostrará siempre el amor que le tenía y el aprecio en que tuvo su *misión de poeta*.

Alentando á don Jacinto, le dice:

Es el poeta en su misión de hierro,
 Sobre el sucio pantano de la vida,
 Blanca flor que, del tallo desprendida,
 Arranca por el suelo el huracán.
 Un ángel que pecó en el firmamento,
 Y el Señor en su cólera le envía
 Para arrostrar sobre la tierra impía
 Largas horas de lágrimas y afán.
 Por eso su memoria tiene un cielo,
 Y una sublime inspiración su alma;
 Por eso el corazón, de triste duelo
 Vestido está también.
 Que por único alivio en su tormento
 Sólo le queda una canción inútil
 Y una corona que le arranca el viento
 De la abrasada sién.
 Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
Poeta del dolor, vate sombrío,
Tú que á remotos climas has llevado
Tu noble y melancólico cantar,
 Como los pliegues de la parda niebla
 Errante cruza un ave misteriosa,
 Y de armonía con sus cantos puebla
 La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú á la vida naciste
 Como pacífico arrullo
 De aislada tórtola triste;
 Como fuente abandonada
 Que levanta su murmullo
 Sobre la peña olvidada.
 Como el ósculo inocente
 Conque el maternal cariño
 Selló la tranquila frente
 De su hijo más pequeño;
 Como el suspiro de un niño
 Al despertar de su sueño.

—
 Cumple, sí, tu misión sobre la tierra,
 Camina en paz, errante peregrino,
 Hasta leer el porvenir que encierra
 El libro del destino,
 Escrito para ti;
 Hasta que expiren los revueltos días
 Que señaló en su mente Jehová,
 Y en tu destierro tu delito expias,
 ¡Ay! porque escrito está
 Que has de salir de aquí.

—
 De aquí, del hediondo suelo
 Donde te mandó el Señor
 Detener tu raudó vuelo,
 Para cantar tu dolor
 Sin que te oyera en el cielo.
 Y bien pesó tu amargura
 Al traerte á esta mansión,
 Dando al hombre en su locura
 Una soñada ventura
 Que no está en tu corazón.
 Que él no comprende el tormento

Que tu espíritu combate,
Ese amargo sentimiento
Que tu noble orgullo abate
Nacido en tu pensamiento.

— « Hay una flor que embalsama

» El ambiente de la vida,
» Y su fragancia perdida
» Tan sólo no se derrama
» En tu alma dolorida. »

Es un privilegio impío
Mirar el placer ajeno
En su loco desvarío,
Y en el corazón vacío
Sentir acerbo veneno.

Y con ojo avaro, ardiente,
Ver tanta mujer hermosa,
Con esa tez transparente,
Con esa tinta de rosa
Sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galán,
Tanta enamorada bella,
Que en plática amante van
Sin curarse *él* de tu afán,
Sin adivinarle *ella*.

¡Y el poeta en su misión
Apurando su tormento!
Sin alivio el corazón,
¡Sin más que una maldición
Escrita en el pensamiento!

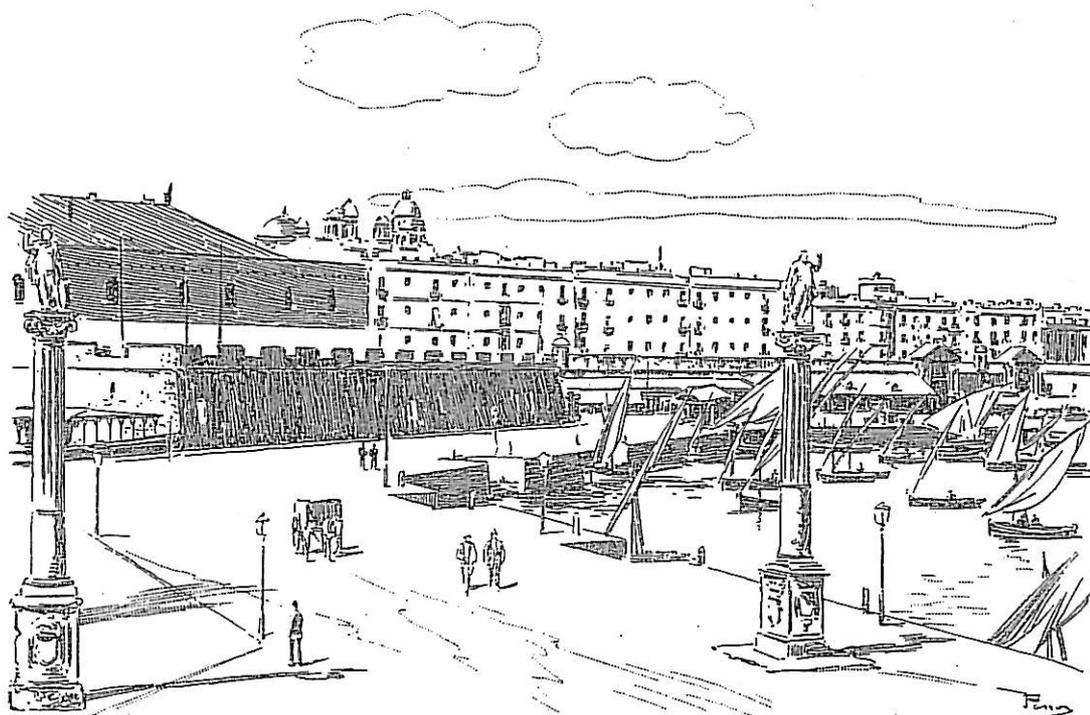
De su sentencia mortal
Con un día y otro día
Llenando el cupo fatal,
Cual lámpara funeral
Iluminando una orgía.

Poco menos pesimista que Salas Quiroga era otro poeta romántico, contemporáneo suyo, don Salvador Bermúdez de Castro, quien en 1840 publicó en Madrid coleccionados sus *Ensayos poéticos*. Don Salvador había nacido en Cádiz, el año de 1817; estudió jurisprudencia en la Universidad de Sevilla. Después se dedicó á la carrera diplomática, llegando á ser persona de distinción y de grandes relaciones. Sus poesías, algunas de ellas muy notables, revelan un amargor cruel de la vida. La duda agitó su alma profundamente; y no ya en lo referente á la soledad y á sus afectos amorosos. Hay un dejo de amargura en la mayor parte de sus composiciones, y sus convicciones acerca de Dios están tan confusas, que más parecen negaciones terminantes que afirmaciones precisas y francas.

Se disculpa de ello en un prólogo, que tiene mucho de indeciso.

« Todo ha sido puesto en cuestión (dice). Por todas partes se escucha el ruido de una sociedad que se cuarteja para caer. La moral, la religión, la filosofía de nuestros padres yacen en el polvo de los sistemas... ¿A dónde va el poeta en este obscuro laberinto, el poeta que no encuentra una senda que no concluya á los primeros pasos? Y si escribe, ¿qué ha de escribir sino sus impresiones de duda y de tristeza, que son también las impresiones de la sociedad?

» Culpa es (añade), de la atmósfera emponzoñada que hemos respirado. La duda es el tormento de la humanidad; y ¿quién puede decir que su fe no ha vacilado? Sólo en las cabezas de los idiotas y en las almas de los ángeles no hallan cabida las pesadas cadenas de la duda.»



BAHIA DE CÁDIZ — La Marina.

La verdad es que en sus poesías hay la incredulidad del escéptico y hasta el ateísmo del filósofo naturalista.

Bien lo demuestran entre otros muchos que pudiéramos citar, los siguientes versos en que, dirigiéndose á Dios, con arrogancia soberana, le dice:

¿En dónde, en dónde estás? ¿Por qué tu frente
Entre las sombras del misterio velas?
¿Dónde á la vista ansiosa te revelas
Del mortal que te busca por doquier?
¿Cuándo esta duda horrible que me abrasa
Disipará tu gloria refulgente?
Escucha, ó Dios, mi súplica ferviente.
¡Ven á mi voz, omnipotente Sér!...

.....
¡Ay! ¿Dónde estás? Junto al altar en vano
La noche me miró, me alumbró el día;
Ni el alba clara ni la luna fría
Te llevaron mis lágrimas jamás.

En la frente buscaba del cadáver
Una sola verdad, una creencia;
Y nada me indicaba tu presencia;
¿En dónde, Sér supremo, en dónde estás?
.....

Calcinando su cabeza
 Pensamientos infernales,
 Bajo el peso de los males
 Palpitando el corazón,
 Su cuello al yugo doblado,
 Al pasar su alma abatida,
 Mirando siempre en su vida
 Sufrimientos y opresión;
 Desde el lecho de miseria
 ¡No, no hay Dios!, el hombre clama;
 En vano triste le llama
 Con roncas preces mi voz.
 Lloro y sangre no serian
 Digna ofrenda en su altar santo.
 ¡Mirad mi sangre y mi llanto!
 ¡Dios es el mal, ó no hay Dios!

Contrasta con estos arranques impetuosos el modo dulce de la expresión poética de Carolina Coronado, discípula también de un romanticismo, aunque vagamente impregnado de purezas ascéticas. El amor divino fué el preferido en su juventud para deleite de su alma. Había nacido en Almendralejo, en 1823.

Dice don Juan Valera que «por la espontaneidad y candorosa sencillez de la inspiración y por la no aprendida, vaga y dulce melodía de sus cantares, doña Carolina debe ser considerada, á pesar de los defectos que una crítica severa y escrupulosa puede hallar en sus composiciones, como la más estimable y simpática de nuestras poéticas líricas».

Doña Carolina Coronado consiguió extraordinarias alabanzas. Espronceda escribió una hermosa poesía en su honor. Don Juan Eugenio Hartzenbuchs la encomió como inspirada poetisa en 1843. Aunque hasta los 20 años vivió doña Carolina en el retiro y la soledad de los campos, su fama corría por toda España. Llegó á Madrid en 1846. Hizole un espléndido recibimiento el Liceo, obsequiándola con una corona de laurel.

Desde entonces su crédito llegó á lo extraordinario. Y no sólo en lo lírico descolló, sino en otro género de composiciones demostró también exquisito gusto y aptitudes. Dejó sin representación varios dramas y otros permanecen inéditos. Además, compuso novelas y algunas cartas sobre viajes.

Cuando se desposó, en plena juventud, admirada por sus gracias, virtudes y talento, con don Horacio Perry, secretario que era de la Legación de los Estados Unidos, se puede decir que dejó de escribir para el público, aunque siempre ha conservado un culto de veneración á su patria adorada.

Hace algunos años quedó viuda; y doña Carolina vive todavía en Lisboa en gran soledad y retraimiento en compañía de su hija doña Matilde.

Son muy curiosos algunos pormenores que ha facilitado al público don Juan Valera en 1903 acerca de la vida de la insigne poetisa.

Hallándose el señor Valera como ministro de España en Lisboa, dice que conoció y trató mucho á doña Carolina y á su hija, muy queridas y respetadas ambas por la alta sociedad portuguesa. El señor Perry vivía aún, y en su casa y familia todo era prosperidad y ventura.

«La poetisa (palabras de Valera), aficionada como en sus primeros años al retiro y á la vida campestre, satisfacía rica y elegantemente una afición tan sin pecado. Siguiendo la margen derecha del caudaloso río, desde el centro de Lisboa hasta su desembocadura, hay un lugar llamado Pazo de Arcos, donde la poetisa tenía una hermosa quinta, cercada de risueños jardines y de frondosa arboleda, en la que solía pasar meses enteros.

Al otro lado de Lisboa, aunque á mucha menor distancia de la población, poseía también la poetisa otra casa de campo, ni con mucho tan alegre como la de Pazo de Arcos; pero verdaderamente magnífica y digna de un soberano. Se llama la Mitra, por haber pertenecido al patriarca. Allí solía pasar doña Carolina el resto del año. Allí la visité yo muchas veces, gozando de la franca y amable hospitalidad, y de la amena y discreta conversación de la madre y de la hija; y allí, en su desconsolada viudez, doña Carolina vive ahora.»

Es la inspiración de la musa de doña Carolina el más acendrado sentimiento religioso. El amor más vehemente á Dios le impulsa y enfervoriza sobremanera. Las lecturas religiosas en medio de una dulce tranquilidad en el retiro maravilloso de la naturaleza, le hicieron creer en comunicaciones ideales con el adorado de su alma, con el preferido de su adoración, con lo que llegó á ser la esencia de su amor más puro, el amor de sus amores.

Hay algo de pueril, de cándido, de sueño de niño en su manera de expresión. Siente con vehemencia una pasión amorosa célica que encumbra sus pensamientos y enajena su alma hasta las regiones de lo infinito. Su corazón amante quiere ver, gozar, aspirar toda la sublime ambrosía de su habla sobrehumana.

Y su fervoroso amor se comunica entonces á su amado con toda la pureza de su espíritu adormido, embriagado místicamente en las dulcedumbres de divinal amor.

Y ella no duda, no vacila, no niega, no blasfema, no pone reparo en nada. Ella cree: á ella la fe le domina: con esto le basta.

Y soñando y pensando sobre las excelencias soberanas de la fantasía, rica y ataviada con perfecciones, crea un mundo portentoso de perfectibilidad, que quizá puede concluir por lo vago de su consistencia.

Esto juzgamos nosotros de ese delicado, dulcísimo idilio amoroso que tituló su autorá *El amor de los amores*, composición hermosísima por los pensamientos, sin fundamento real en la recta aplicación de la palabra. Es un sueño bizarro de la mente, sin verdad en los efectos.

Doña Carolina quiso imitar á su modo el *Cantar de los cantares*, y expresó las ideas que iluminaban su alma con arreglo á una pauta determinada con la que no podía ya tener correlación posible ni el estado de su corazón ni el modo de ser y pensar de su época borrascosa.

Por eso su gran poesía, que ya había pasado de moda en su tiempo, peca de sentimental en demasía ahora si se le juzga debidamente. No es posible que la humanidad se dedique enteramente á tales pasatiempos místicos, habiendo nece-

sidad de resolver tantos y tan vitales problemas para que los pueblos y las colectividades esclavizadas no sigan siendo víctimas de los poderosos ó de los infames.

¿Cómo no ha de resultar cándidamente soñador cuanto dicen estos preciosos versos?

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á ti, dulce amor mío,
Cuando lleguen al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?...

A ti, sin nombre para mi en la tierra
¿Cómo te llamaré con aquel nombre,
Tan claro, que pueda ningún hombre
Confundirlo, al cruzar por esta sierra?

¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de ti, que me lamento sola
Del Gévora que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mía;
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
La gruta que formé por si venía?

¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas
Y cayendo en el agua blancas rosas,
Y entre la espuma lirios virginales?

Y ¿por qué de mi vista has de esconderte;
Por qué no has de venir si yo te llamo?
¿Porque quiero mirarte; quiero verte
Y tengo que decirte que te amo!

¿Quién nos ha de mirar por estas vegas
Como vengas al pie de las encinas,
Si no hay más que palomas campesinas
Que están también con sus amores ciegas?

Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa,
Y si vienes con planta cautelosa
No nos podrá sentir paloma alguna.

Y no temas si alguna se despierta,
Que si te logro ver, de gozo muero,
Y aunque después lo cante el mundo entero,
¿Qué han de decir los vivos de una muerta?

* * *

Como lirio del sol descolorido
Ya de tanto llorar tengo el semblante,
Y cuando venga mi gallardo amante,
Se pondrá al contemplarlo entristecido.
Siempre en pos de mi amor voy por la tierra
Y creyendo encontrarle en las alturas,
Con el naciente sol trepo á la sierra,
Con la noche descendiendo á las llanuras.

Y hallo al hambriento lobo en mi camino
Y al toro que me mira y que me espera;
En vano grita el pobre campesino:
'No cruces por la noche la ribera.'

En la sierra de rocas erizada,
Del valle entre los árboles y flores,

En la ribera sola y apartada
 HE ESPERADO AL AMOR DE MIS AMORES.
 He venido á escuchar los amadores
 Por ver si entre sus ecos logro oírte,
 Porque te quiero hablar para decirte
Que eres siempre el amor de mis amores.
 Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro
 Desde que tienen vida mis entrañas,
 Y vertiendo por ti mares de lloro
 Me cansé de esperarte en las montañas.
 La gruta que formé para el estío
 La arrebató la ráfaga de Octubre...
 ¿Qué he de hacer allí sola al pie del río
 Que todo el valle con sus aguas cubre?
 Y ¡oh Dios! quién sabe si de ti me alejo
 Conforme el valle solitario huyo,
 Si no suena jamás un eco tuyo
 Ni brilla de tus ojos un reflejo.
 Por la tierra ¡ay de mí! desconocida,
 Como el Gévora, acaso, arrebatada,
 Dejo mi bosque y á la mar airada
 A impulso de este amor corro atrevida.
 Mas si te encuentro á orilla de los mares
 Cesaron para siempre mis temores
 Porque puedo decirte en mis cantares,
Que tú eres el amor de mis amores.

La celestial dulcedumbre amorosa llega hasta la exaltación en los últimos versos. Son locas niñeces de un alma derretida en el fuego santo del amor.

Pero te llamo yo ¡dulce amor mío!
 Como si fueras tú mortal viviente,
 Cuando sólo eres luz, eres ambiente,
 Eres aroma, eres vapor del río.
 Eres la sombra de la nube errante,
 Eres el són del árbol que se mueve,
 Y aunque adorarte el corazón se atreve,
 Tú solo en la ilusión eres mi amante:
 Hoy me engañas también como otras veces;
 Tú eres la imagen que el delirio crea,
 Fantasma del vapor que me rodea,
 Que con el fuego de mi aliento creces.
 Mi amor, el tierno amor por el que lloro
 Eres tan sólo tú ¡Señor Dios mío!
 Si te busco y te llamo es desvarío
 De lo mucho que sufro y que te adoro.
 Yo nunca te veré, porque no tienes
 Sér humano, ni forma, ni presencia:
 Yo siempre te amaré, porque en esencia
 A el alma mía como amante vienes.
 Nunca en tu frente sellará mi boca
 El beso que al ambiente le regalo;
 Siempre el suspiro que á tu amor exhalo
 Vendrá á quebrarse en la insensible roca.
 Pero cansada de penar la vida
 Cuando se apague el fuego del sentido,
 Por el amor tan puro que he tenido
 Tú me darás la gloria prometida.

Y entonces al ceñir la eterna palma,
 Que ciñen tus esposas en el cielo,
 El beso celestial, que darte anhelo,
 Llena de gloria te dará mi alma.

La traducción, ó las imitaciones que los más insignes poetas han compuesto del *Cantar de los cantares*, han adolecido siempre de las mismas imperfecciones que contiene *El amor de los amores* de la excelsa poetisa Carolina Coronado.

Al *Cantar de los cantares*, para presentarlo como libro de gran enseñanza espiritual, — ha dicho un crítico contemporáneo, — ha sido preciso torturarle el sentido y comentarle de un modo por extremo caprichoso. Porque siendo producción que por doquier respira amor sensual, escenas bastante libres, ternezas demasiado llamativas y palabras muy poco mesuradas, tanto en boca del esposo como de la amada, al fin como escrito por quien estuvo hecho esclavo de pasiones violentas en determinado período de su vida; se trata de ofrecerla como simbolismo sublime del amor puro del alma hacia su Creador, con significación maravillosa de esas dulzuras santas en que se embriagan los corazones rectos, cuando á Dios, y sólo á Dios, se dirigen y en él depositan toda su voluntad y todo su cariño, y en él sacrifican gustosos todas sus aspiraciones terrenas, todos sus intentos y hasta la existencia propia.

«La ingeniosidad que han demostrado muchos en el comento del *Cantar de los cantares*, incluyendo á la mística doctora Teresa de Jesús, de la que fué gran admiradora doña Carolina, ha sido más ó menos elogiada, según la más feliz ó menos afortunada interpretación de un trabajo que, por forzar su verdadero y genuino sentido, se ha tratado de ofrecer con una significación altamente espiritual y mística.

»Pero ese mismo esfuerzo de ingenio que ha sido indispensable á todos los interpretadores ó que han querido imitar dicha obra, revela la dificultad de darle diverso significado del que realmente tiene. La obra permanece siempre incomprendible explicada de una manera simbólica y con intención manifiestamente sobrehumana, y sólo es explicable y naturalísima tomada en el sentido verdadero con que fué escrita, con fines puramente humanos, con el aliciente de terrenales pasiones.»

No por milagrosa cooperación de lo Alto, como podría pensarse, sino por acontecimientos naturales, explicables por completo, se llegó á transformar aquel fervoroso anhelo hacia lo espiritual, que tanto encendía su mente, en amor puro de modelo de madres á la hija idolatrada. Ella misma expresa en magníficas octavas reales las agitaciones de su juventud y la tranquilidad que inundó después su alma cuando tuvo á su hija María Carolina.

Yo recuerdo aquel ansia palpitante
 Que agitaba mi vida en su mañana
 Cuando en las masas ondas del Guadiana
 Se retrataba mi infantil semblante.

Negras las cejas, blanca la mejilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada,
Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena,
La blanca espalda de la luz velando,
Hallóla Adán al despertar, serena
Sus varoniles formas contemplando.

Ciñóla sorprendido en su embeleso,
Con brazo enamorado y reverente;
Mil veces la besó, y á cada beso
Trémula su cristal vibró la frente.

El bosque susurró blando murmullo,
Los peces en las ovas asomaron,
Las tórtolas alzarón casto arrullo,
Y amorosos los céfiros soplarón.

«¡Alma mía! ¡Mi amor, paloma mía!»...
El hombre sollozando murmuraba;
Ella, muerta de amor, le sonreía,
Y él, muriendo de amor, la enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante
Aspirando con ámbares y aroma
El aire de su pecho vacilante,
La luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo sol, entonces si los viste,
¿Por qué amantes y solos los dejaste,
Y la infernal serpiente no adormiste
Que envidiosa del bien cerca alumbraste?
Ay! cuánto ahorraras de miseria y llanto

Del hombre flaco á los mortales ojos,
Cuánto miedo á los ángeles, y cuánto
Al mismo Dios de cólera y enojos!

—
Era un árbol no más en los jardines
Vedado al paladar de los nacidos;
No anidaban en él los colorines,
Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacía Adán en brazos de su amada,
Y Eva miraba el prohibido fruto;
Al lado de la poma codiciada
Traidor velaba el enemigo astuto.

«¿No comerás, le dijo la serpiente,
Criatura de origen soberano?
Pudieras como Dios omnipotente
Otro mundo crear de polvo vano.

«No comerás, y quedarás sujeta
Al privilegio inútil de su hechura;
Quedará el alma entre su nada quieta,
Y á ti te llamarán la criatura.»

Sintió el orgullo la mujer curiosa
Que brotaba en carmin la mejilla,
Y á la fruta tendió la mano ansiosa
Vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron
Arboles, aves, céfiros y fuentes,
Y en su lugar fatidicos quedaron
Troncos, buitres, tormentas y torrentes.

Hasta aquí el comienzo del idilio de Adán y Eva.

Después, el horrible y no menos fantástico cuadro de las venganzas divinas
en el Juicio final.

Ancho panteón de gente condenada,
Condenado á morir como su gente
Caerá el mundo en el pozo de la nada
Rota en pedazos la caduca frente.
La impía raza en las tumbas cobijada
Otra vez se alzará mustia y doliente,
Roto el dogal que al polvo la sujeta,
Al vivo són de la final trompeta.

Ya para entonces el tremendo día
Del daño universal será cumplido:
El sol que del Oriente nos venía,
Apagada su luz habrá caído;
La luna, que flotando se mecía
En el azul del cielo adormecido,
Seguirá al fin sus moribundas huéllas
Llevando en pos las lánguidas estrellas.
Y la tierra, sin sol que la fecunde,
Seca no brotará hierba ni flores,
Y hará que reventando el mar la inunde
Los temporales de la mar señores;
Y á las manos del tiempo que confunde
Cuantos un día desplegó primores,
La tierra que de césped se matiza
Campo será de pálida ceniza.

En sus mohosas grietas, asomados
Estarán los desnudos esqueletos,
Al juicio de su Dios aparejados,
Silenciosos, estúpidos y quietos;
Y á trechos en montones apilados,
El plazo aguardarán juntos y prietos,
Con sus despojos reemplazando enjutos
Templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,
Ni hará murmulio el ondular del viento,
Ni en las rocas el eco campesino
Repetirá lejano algún acento;
Noche y alba sin horas ni camino
Ahogarán su crepúsculo opulento,
Y serán presa de arrecidas nieblas,
Sin aurora ni noche, las tinieblas.

No habrá en este pantano *dentro y fuera*,
Ni habrá cosa con cotos, ni lugares,
Las tierras no hallarán mar ni ribera,
Ni hallarán playa los disueltos mares;
Barro será la agonizante esfera
Sin medidas, ni bordes, ni vallares,
Cual masa por los siglos preparada
A tornar al origen de su nada.

Las almas volverán mudas de asombro	Y cuando nada en el silencio aliente,
Los cuerpos á buscar en que vivieron,	Cuando nada mortal quede con vida,
Cuando á través del cenagoso escombros	A la voz del airado omnipotente,
Vayan tras el lugar do los perdieron:	De los muertos la turba estremecida
Sin ayuda de mano, brazo ú hombro,	Iremos ante Dios, baja la frente
La carne vestirán con que nacieron	Amedrentada el alma en su guarida,
Porque escuche la carne la sentencia	A obedecer sus leyes inmortales,
Que oyó el alma al pasar á otra existencia.	Y ante la santa ley, todos iguales.

La sana Filosofía tiene ya reducidos á cuento fantasmagórico los sueños propagados por los libros supuestamente inspirados por Dios; y en la época presente, en que la incredulidad prevalece con el apoyo de la razón, de los estudios y de la experimentación científica; las leyendas de la creación bíblica y del Juicio final, principio y fin de la mitología cristiana, son tan inadmisibles como los relatos míticos cantados por los poetas de la mitología pagana; aunque, comparando ésta con la nueva, la antigua resulta siempre con superioridad, por el encanto que ofrece al poeta para los mayores esplendores de la inspiración y del arte.

Hoy, que tanto se ha analizado la cuestión del libre albedrío, y las tendencias son pesimistas y negativas en tal sentido, casi es justo dudar de las aseveraciones hechas respecto de la condenación eterna, sobre lo cual se ocurrieron ya varias observaciones que inclinaban á la vacilación á algunos santos padres y filósofos.

San Agustín, por ejemplo, dijo: «Puesto que creemos á Dios principio de todos los seres, y, sin embargo, no es autor del pecado, nos cuesta trabajo comprender cómo es posible que, cometiendo el alma pecados, y creadas las almas por Dios, no se le atribuyan á *El* esos pecados como principio de ellos.»

El gran reformador Lutero, ha llegado á decir sobre el mismo tema: «Que Dios, *por su propia libertad*, deba imponernos la necesidad, es cosa que la misma razón natural nos obliga á reconocer. Concedidas á Dios la presciencia y la omnipotencia, se sigue como irrefragable consecuencia, que no somos creados por nosotros mismos; que no vivimos ni hacemos nada, más que por su omnipotencia... La presencia y omnipotencia divinas están en oposición diametral con nuestro libre albedrío... Todos los hombres están obligados á admitir como consecuencia inevitable, que no existimos por nuestra propia voluntad, sino por necesidad, así como que no hacemos nada por nuestro gusto, en virtud del libre albedrío nuestro, sino que Dios lo ha previsto todo y nos guía por un consejo y virtud infalibles é inmutables», etc.

Los optimismos cristianos ó católicos de Zorrilla, enaltecidos, pues, por el P. Blanco García y vislumbrados por su amigo y contemporáneo Pastor Díaz, no los ve un crítico imparcial por ninguna parte.

Lo que se acerca más á la verdad, al hablar de la supuesta *misión* de Zorrilla y de su plan salvador cristiano, es lo que ha escrito Valera en estos bien concebidos párrafos:

«El Dios del poeta es más adusto y terrible que benigno y misericordioso. Los seres humanos, viciosos y pecadores, excitan con harta frecuencia su cólera. Resulta de aquí una representación del universo, del linaje humano y de su historia que nos desconsolaría en extremo y nos parecería muy pesimista si en todo ello no viéramos, más bien que la creencia religiosa y más bien que un convencimiento racional, un brillante juego de la imaginación arrebatada, que se complace y deleita en las más tremendas pinturas. La moda romántica hubo de entrar además por mucho en pinturas tales, que, tomadas por lo serio y consideradas como fiel trasunto de la realidad, deberían causar hondo terror á cuantos las leyesen.

»El ángel exterminador, sobre todo, es tan espantoso personaje, según le describe Zorrilla, que el mismo Luzbel no puede ni debe infundirnos tanto miedo. Al demonio, al cabo, se le exorcisa y ahuyenta con prescritos conjuros y determinadas señales; pero contra el ángel exterminador no hay recurso que valga. Dios le envía, y él cumple sus órdenes sin que nada le arredre ó le detenga. El alcázar donde vive este ángel en el remoto cielo está circunstanciadamente descrito por el poeta. Un río hirviente de sangre corre al pie de sus negros muros. Allí hay hornos y fraguas encendidas, donde se forjan de continuo rayos para fulminar á la gente culpada. La peste, el hambre, la guerra y todo linaje de calamidades y de plagas están allí como encerrada ó atraillada jauría, que el mencionado ángel suelta sobre la tierra cuando tiene que hacer en ella algún fiero castigo. Allí, por último, se filtran y destilan mortíferas ponzoñas para atormentar con el remordimiento y con la hondísima pena del no logrado bien y de la desvanecida esperanza. Allí están las arcas del furor del cielo, la copa de la ira de Dios y la única amarga y venenosa lágrima

Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.

»Cuando sale el ángel exterminador de su alcázar, llamado por Dios para ejecutar alguna justicia, se suspenden en el empíreo los cánticos de gloria, tiembla todo sér vivo, y al paso del ángel vengador se desmenuzan y calcinan las estrellas. Ni pasa en silencio el poeta, sino que nos cuenta en resumen muchas de las hazañas de este ángel vengador, llamado Abaddón en lengua hebráica. El abre las cataratas del cielo y anega al linaje humano con el diluvio, hunde á Faraón y á su ejército en el mar Rojo, reduce á cenizas ciudades enteras, destruye á Jerusalén con Tito, entra con Alarico en Roma, y, por último, cuando llegue el anunciado día de la ira, este ángel apagará y hará añicos todos los soles, y sólo quedará *la eternidad vacía.*»

Semejantes exageraciones, tan de acuerdo con sus extravagancias románticas, envueltas en los inagotables primores de sus rimas, base principal en que se fundaba su grandísima popularidad, no pueden ser aceptadas como oro de

buena ley; hay, por el contrario, que rechazarlas como estafalarias é imposibles. En Zorrilla, como ha dicho Valera con acierto, «la fin del mundo es harto más terrible que la profetizada en *El Apocalipsis*». Y así es la verdad, porque si allí se anuncian mil estragos y calamidades, todo viene luego á tener término dichosísimo, porque la creación no perece, sino se renueva, se hermosea y se purifica, sobreviniendo el reino de Dios y el triunfo de los justos y de los santos; y descendiendo del cielo á la tierra la nueva Jerusalén, como gallarda esposa revestida de sus nupciales galas, para que en adelante se pueda decir que *no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; que de los ojos se limpiará toda lágrima y que dejará de ser la muerte, y habrá perenne vida*. Zorrilla ha ido en sus pronósticos más allá que *El Apocalipsis: á la eternidad vacía*.

Todo va, pues, muy perfectamente al hablar de Zorrilla cuando la crítica le ofrece como un inmortal poeta español, gloria de su siglo y de su patria. Pero querer hacer de su preclaro nombre el profeta de las creencias, el enaltecedor supremo de la Religión, el cantor privilegiado de los heroísmos piadosos, es manifiesta equivocación, ú obcecada vanagloria.

El poeta mismo, á lo que él dice en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, no estaba bien seguro de sus creencias ortodoxas.

Dice que debía su fama á sus inspiraciones románticas de Toledo. Pero deja advertido antes que «en sus famosas obras se revela la insensatez del muchacho falto de mundo y de ciencia, exento de todo sentido práctico, y jamás apoyado en principio alguno fijo».

Por eso se lamenta de ciertas ligerezas que cometió al escribir aquella estrofa que dice:

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil en que adivina el hombre
Lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura,
Y un pueblo triste (1) que vegeta al pie.

(1) *Pueblo imbécil*, decía antes, lo cual se reprendió el poeta con nobleza y lealtad.



José Zorrilla.

«¿Por qué llamé yo (decía en 1882) *imbécil* al pueblo de Toledo? ¿Porque era religioso y legendario, y *pretendía yo echármelas de incrédulo y de volteriano?*»

Antes de que García Gutiérrez favoreciera á Zorrilla para que escribiese obras dramáticas, fueron muchos los tomos de poesías que éste publicó. Habla él en sus *Memorias* de la manera retirada que hacía la vida, con datos por extremo curiosos.

«El Liceo (dice) concluyó entretanto, saliendo sus socios más notables para las embajadas, los ministerios y los destinos más importantes de la nación. Mesonero Romanos se fué á su casa cargado de memorias; y yo á la mía de coronas de papel recogidas en una función de obsequio que se me dió, y con un álbum en cuya primera hoja escribió S. M. la Reina Doña Isabel. Tal fué el fin y el fruto que yo saqué del Liceo.»

Dice Zorrilla también en sus *Recuerdos del tiempo viejo* cosas muy curiosas respecto de los comienzos de su carrera dramática. Entre otras, merecen citarse las siguientes: «La casualidad, que es la providencia de los españoles, y la debilidad de García Gutiérrez para conmigo, me abrieron campo más ancho franqueándome la escena, cuando más necesitaba variar y acrecentar mis medios de acción y subsistencia.»

Lo mismo García Gutiérrez que Zorrilla estaban escasos de dinero y ambos idearon para conseguirlo un trabajo literario.

Había dicho García Gutiérrez á su amigo que hacía dos días que estaba discutiendo de dónde sacar dos mil reales.

A lo que replicó Zorrilla:

—¡Pero, hombre, tú con ofrecer una obra al teatro!...

Entonces dijo García Gutiérrez:

—No tengo más que medio acto de un drama.

Pues yo te ayudaré, interrumpió Zorrilla; y haciendo en tres días tres actos cortos, yo me encargo de sacarle á Delgado (el editor de Zorrilla) el precio del derecho de imprenta, y tú puedes tomar los de representación de la compañía del Príncipe, que verá el cielo abierto de tener en Junio un drama del autor de *El Trovador*.

Zorrilla confiesa que García Gutiérrez aceptó la proposición sin contar con la inexperiencia de su compañero en el arte dramático, aunque salió airosamente de su cometido.

Era un día del Corpus. Conviniéron que García Gutiérrez escribiría el plan de la obra, y á las cuatro de la tarde del dicho día volvió á casa de Zorrilla para leerle dos nuevas escenas. Zorrilla leyó á Gutiérrez todo el acto segundo.

Aquella misma noche concluyó su primer acto García Gutiérrez: el viernes concluyó cada uno la mitad del tercero que le tocó; el sábado lo copió Zorrilla; el domingo lo presentó García Gutiérrez al teatro y cobró tres mil reales; y el lunes cobró otros tres mil Zorrilla del editor Delgado...

Y añade Zorrilla en su obra con verdadera satisfacción: « no siguió aburriéndose García Gutiérrez, y envié yo á mi padre dos mensualidades; y ganosos los actores de complacer al público, y éste de recompensarles su buena voluntad, se representó y se aplaudió el drama *Juan Dandolo*; y cátenme ya autor dramático por gracia de García Gutiérrez, que me aceptó en él por colaborador ».

Zorrilla fué muy afortunado en su labor dramática, y escribió obras notabilísimas, que tuvieron el mismo éxito que había conseguido como poeta lírico y legendario *El puñal del godo*, *El zapatero y el rey*, *Traidor, inconfeso y mártir* y *Don Juan Tenorio* especialmente, entre otras, agradaron extraordinariamente al público.

De esta última producción, que tan alta importancia ha dado al nombre del poeta, se ha hablado y discutido mucho desde que se puso en escena; y si bien hay que confesar que en el conjunto es obra teatral de asombroso relieve y fantasmagórica, con detenimiento examinada, la afean multitud de errores, inverosimilitudes y defectos, que ante la recta crítica no tienen explicación ni encomio posibles.

La crítica llamada católica todo lo aplaude en este drama por el fin cristiano que le atribuye; fin cristiano que el mismo autor cree que era su principio informador y absoluto, sin pensar en las infinitas negaciones que tal aseveración lleva consigo, como deducciones de un sueño de la imaginación que facilita el olvido y remisión de todos los pecados y de todas las fealdades morales por medios sobrenaturales.

Por eso el P. Blanco García, que todo lo encuentra bien mientras se desbarra en este sentido, llega á decir que « hoy día es, y el público aplaude con frenesí las que Zorrilla y algunos críticos llaman necedades é impertinencias, y se extasia con las palabras de Don Juan y las palabras de D.^a Inés y las apariciones sobrenaturales, que en vano oye calificar de grotescas y monstruosas. »

No queremos copiar lo que dice el mismo Zorrilla en sus *Recuerdos del tiempo viejo* respecto de la composición de su obra, que trata con bastante severidad; pero es conveniente que sepan todos que con precipitación y extremo descuido fué efectuado el trabajo desde el principio hasta el fin.

Para Zorrilla tiene una excelencia su obra: la creación de su D.^a Inés cristiana. La creación de D.^a Inés con las apariciones sobrenaturales del final y la salvación de Don Juan por mediación de su adorada, son circunstancias sorprendentes, que podrán agradar más ó menos al público, según las perfecciones más ó menos artísticas de la representación. Pero en todo lo demás, en la finalidad del drama, convertido en una especie de comedia de magia, no acierta á ver el espectador nunca « ese destello de la doble luz que Dios llegó á encender en el alma del poeta: la inteligencia y la fe. » Si la fe para Zorrilla consistía en fingir hechos tan imposibles como los que se refieren en las escenas de misericordia de Dios y apoteosis del amor, bien inaceptable é inverosímil para el sentido común mismo resulta semejante fe.

Hubo un tiempo en que las comedias de santos y otros temas religiosos, como los autos sacramentales, encontraban dentro y fuera del teatro disposiciones y adeptos para creer en todo lo sobrenatural y más disparatado del mundo. Angeles buenos y malos, Dios y Satanás, milagros, apariciones, conjuros, todo el mecanismo humano y divino se empleaba en las representaciones de lo católico, ya del todo desechado por inconveniente, absurdo é imposible.

Confirma don José Zorrilla que tuvo el pensamiento de imitar el *Convidado de piedra* del famoso poeta clásico Tirso de Molina; pero no supo imitarlo por cierto en la creación del carácter de aquel gallardo y singular protagonista. En esto resultó incomparable Tirso, quien superó á todos los personajes ideados por Molière, Zamora, Dumas, Byron, y otros.

Estudiando el carácter de *Don Juan Tenorio*, escribió así don Francisco Pi y Margall sobre la producción de Zorrilla:

«Nuestro distinguido y brillante poeta don José Zorrilla ha escrito también su *D. Juan Tenorio*, uno de sus más aplaudidos dramas. A no conocerlo, creerían difícilmente mis lectores que hubiese ido á calcarlo sobre el de Dumas, no careciendo de originalidad y teniendo en España mejor pauta y guía. Es verdad que ha corregido algunas faltas del que tomó por modelo; otras en cambio las ha, no sólo reproducido, sino también agravado. Las ha cometido además por cuenta propia.

Por suya y exclusivamente suya tengo la más grave del drama. El *D. Juan* de Zorrilla no se sabe si es creyente ó escéptico. Con *D.^a Inés* y *D. Gonzalo* habla sinceramente de Dios, del cielo, de su propia salvación, de la posibilidad de que se convierta en ángel el que fué demonio: es creyente. A sus amigos Centellas y Avellaneda les declara por dos veces que jamás creyó en otra vida ni conoce más gloria que la del mundo: es escéptico. Zorrilla hace á *D. Juan* escéptico ó creyente según lo van exigiendo las peripecias de su drama, y, merced á esa indeterminación del carácter, le pone repetidamente en contradicción consigo mismo.

Es verdaderamente lastimosa la conducta de ese *D. Juan* desde que entra en el panteón de su padre y sus víctimas. La sombra de *D.^a Inés* y el movimiento de todas las estatuas sobre los sepulcros le turban y desconciertan de modo que, perdido el sentimiento de la realidad, toma por vanos fantasmas á sus amigos Avellaneda y Centellas. Atribuye luego á fascinación lo que por sus ojos ha visto, se recobra, hace nuevos alardes de valor contra los muertos y termina por convidar á su cena la estatua de *D. Gonzalo*. Sólo por blasonar de intrépido hace aquí esta incalificable locura; según le hace decir el poeta, no cree que *D. Gonzalo* pueda admitir el convite.

D. Juan, con todo, hace poner en la mesa donde se sienta á cenar con sus compañeros plato y silla para el Comendador y aun servirle vino en la copa. ¡Admirable hazaña cuando está persuadido de que el Comendador no puede bajar de su sepulcro de piedra! Se lo censuran Centellas y Avellaneda, y dice:

Fuera en mi contradictorio
 Y ajeno de mi hidalguía
 A un amigo convidar
 Y no guardarle el lugar
 Mientras que llegar podría.
 Tal ha sido mi costumbre
 Siempre, y siempre ha de ser esa,
 Y el mirar sin él la mesa
 Me da, en verdad, pesadumbre.
 Porque si el Comendador
 Es, difunto, tan tenaz
 Como vivo, es muy capaz
 De seguirnos el humor.

A pesar de lo que parecen revelar estas últimas palabras, vive D. Juan tan convencido de que no ha de ir el Comendador, que cuando éste llama y va repitiendo cada vez más cerca los aldabonazos sin que haya salido nadie á franquearle la entrada, atribuye el hecho á farsas de sus huéspedes. No sale, sin embargo, al encuentro del que llama, no le abre como el de Tirso la puerta; antes ¡oh caso imprevisto! corre á echar los cerrojos á todas las del aposento. Y ¿ese es D. Juan Tenorio? Si allá en sus adentros sospechaba que fuese D. Gonzalo el que llamase; puesto que le tenía dispuesto plato y silla, debió ser el primero en abrirle paso; si un bromista, ¿á qué detenerle ni decir después de corridos los cerrojos:

Ya están las puertas cerradas;
 Ahora el coco para entrar
 Tendrá que echarlas al suelo,
 Y en el punto que lo intente
 Que con los muertos se cuente
 Y apele después al cielo?

Ve luego D. Juan ante sí la estatua del Comendador, que se ha filtrado por la pared, la oye, observa que se le escapa al través del muro cuando para convenirse de si es fantástica ó real intenta dispararle un pistoletazo, ve luego la sombra de D.^a Inés que le confirma las palabras de D. Gonzalo, y después de asombros y dudas insiste aún en que fué todo ficción, y exige de sus camaradas que le expliquen tantas maravillas. ¿Es esto para creído? Pues sobre si sus camaradas fueron los engañadores ó los engañados, trábese pendencia y los mata don Juan en duelo. Cabe difícilmente carácter más falso.

Para persuadirse de que no fué fingido lo que vió, ha de volver D. Juan al panteón de su padre, y ver en torno suyo quietas y mudas las estatuas de los demás sepulcros, y oír las campanas doblando por su muerte, y mirar la fosa en que han de sepultarle, y sentir abrasado el cuerpo por la mano del Comendador, que le dice:

Ahora, don Juan,
 Pues desperdicias también
 El momento que te dan,
 Conmigo al infierno ven.

Entonces D. Juan, en cuya conversión no parece sino que está Dios agotando sus esfuerzos, se arrepiente y exclama:

Aparta, piedra fingida,
 Suelta, suéltame esa mano,
 Que aún queda el último grano
 En el reloj de mi vida.
 Suéltala, que si es verdad
 Que un punto de contricción
 Da á un alma la salvación
 De toda una eternidad,
 Yo, santo Dios, creo en ti.
 Si es mi maldad inaudita,
 Tu piedad es infinita ..
 ¡Señor, ten piedad de mi!

Compárese ahora ese D. Juan con el de Tirso. En éste ¡qué sencillez y qué unidad! En aquél ¡qué de contradicciones y de artificio! El D. Juan de Tirso no duda un solo momento de que sea la estatua del Comendador la que se presenta en su casa: precisamente porque no lo duda y la recibe con sangre fría manifiesta un valor que impone. Ni aun después de haber salido la estatua, intenta dominar la impresión que le ha causado recurriendo al vulgar medio de pensar que aquéllo pudo ser mera ilusión de sus sentidos. Atribuye á la imaginación excitada por el temor el frío aliento que creyó haber percibido en la estatua, el fuego que se figuró haber sentido cuando le dió la mano, pero no la estatua misma. Así, para reponerse de su turbación, se da como principal motivo:

Temer muertos
 Es muy villano temor.
 Si un cuerpo con alma noble,
 Con potencias y razón
 Y con ira no se teme,
 ¿Quién cuerpos muertos temió?

Falsea Zorrilla el carácter de D. Juan, no sólo en la segunda parte de su drama, sino también en la primera. Siguiendo y exagerando á Dumas, pone en competencia con D. Juan á un D. Luis Mejía, y presenta á los dos en la hostería de un italiano haciendo público alarde de sus vicios y examinando cuál ha seducido en un año más mujeres y matado en duelo más hombres. De tan extraño examen resulta que D. Juan ha podido más, pues pasó por su espada á treinta y dos hombres y conquistó hasta setenta y dos mujeres, cuando los muertos por su rival son sólo veintitrés y son cincuenta y seis las engañadas. Mejía, como el Sandoval de Dumas, hace observar que D. Juan no ha seducido á ninguna novicia, y D. Juan, envalentonado por sus triunfos, se compromete, no sólo á ganarla, sino también á quitar al siguiente día al mismo D. Luis la novia, D.^a Ana de Pantoja.

¿Recuerda el lector qué es lo que se ocurre á los dos matones para lograr el

uno su intento y el otro impedirlo? Se delatan mutuamente á la justicia, y caen presos entrambos. Recobran luego la libertad y se encuentran en la calle donde vive D.^a Ana. ¿Recuerda también el lector cómo Tenorio se deshace de Mejía? Disponiendo que una ronda de los suyos le ataque por la espalda, le sujete y le encierre en una bodega. ¿Son éstos dos caballeros ó dos bandidos? Confiesa don Juan que ha cometido una traición, y la defiende con decir que es como suya.

Ese D. Juan, además, no siempre mata en riña, ni siempre con la espada. Sin darle tiempo á que se defienda, mata al Comendador de un pistoletazo. Aberración que no ha padecido el D. Juan de ningún otro poeta.

Pero no es aun aquí donde más falseó Zorrilla el carácter de su héroe. Su don Juan, como el de Dumas, cumple el empeño contraído y arrebatada de un convento á su novia D.^a Inés, decidida desde mucho tiempo á ser esposa de Cristo. Luego que ha conseguido robarla, la entrega á sus gentes con orden de que la lleven á su quinta, y corre desalado á burlar á D.^a Ana, fingiendo ser aquel mismo Mejía á quien tan villanamente ha preso. Ya que alcanzó su objeto, vuela á la quinta, y sin transición alguna pasa ¡oh prodigio! del desenfrenado sensualismo en que ha vivido al amor más casto y puro. ¡Qué lirismo entonces el suyo! ¡qué hermosos sentimientos! Hasta cree que por D.^a Inés ha de salvarse; hasta resuelto se halla á pedirla de rodillas al bueno de D. Gonzalo.

No es, doña Inés, Satanás
 Quien pone este amor en mí,
 Es Dios que quiere por tí
 Ganarme para *El* quizás.
 No, el amor que hoy se atesora
 En mi corazón mortal
 No es un amor terrenal
 Como el que sentí hasta ahora;
 No es esa una chispa fugaz
 Que cualquier ráfaga apaga;
 Es incendio que se traga
 Cuanto ve, inmenso, voraz.
 Desecha, pues, tu inquietud,
 Bellísima doña Inés,
 Porque me siento á tus pies
 Capaz aún de la virtud.
 Sí, iré mi orgullo á postrar
 Ante el buen Comendador,
 Y ó habrá de darme tu amor,
 Ó me tendrá que matar.

¿Qué extraña conversión es ésta? ¿No era ese mismo D. Juan el que horas antes decía que empleaba en cada mujer cinco días:

Uno para enamorarlas,
 Otro para conseguir las,
 Otro para abandonarlas,
 Dos para sustituirlas
 Y una hora para olvidarlas?

La Marta de Dumas era, como he dicho, un ángel bajado del cielo, y no pudo con D. Juan de Marana. ¿Cómo pudo más con D. Juan Tenorio Inés, que era una simple mortal, aunque pura y bella? Otras hermosuras había visto este D. Juan, y no le habían cautivado por más de un día; otras vírgenes del Señor había seducido según los claustros que decía haber escalado, y por ninguna había sentido más que un amor terreno. ¿Por qué ese cambio con D.^a Inés? No sería por lo bella ni por lo cándida, puesto que antes de verla ya la quería con pasión, y después de vista la dejaba por ir á gozar traidoramente de D.^a Ana de Pantoja. Acababa de cometer D. Juan un doble crimen cuando venia á poner á los pies de la casta virgen su corazón impuro: ¿cómo ni por qué había de transformarse tan de súbito en el más pudoroso de los amantes?

Zorrilla, como Dumas, quiso dar á su drama un tinte religioso, y como á Dumas, le convino hacer llegar al diablo á las puertas del cielo: sacrificó á su pensamiento teológico la unidad de carácter de su protagonista.

Lo bueno es que luego ese D. Juan, tan amartelado por D.^a Inés, al sentir cerca de sí los alguaciles y soldados que van á prenderle, pensando sólo en salvarse, la abandona cobardemente, dejándole por todo premio de amor el cadáver de D. Gonzalo, de quien era hija.

Algo más tendría que decir, si en vez de concretarme á examinar el carácter de D. Juan, hiciese la crítica del drama, donde casi me atrevería á decir que hay más defectos que bellezas; con ser las bellezas muchas; añadiré tan sólo que, si algo faltase para desfigurar al primitivo D. Juan, lo tendríamos en lo fanfarrón que ha hecho Zorrilla el suyo, más fanfarrón aún que el de D. Antonio de Zamora. Dejo aparte aquel pugilato con Mejía sobre quién mató y sedujo más, y más atrocidades hizo; D. Juan dice que al llegar á Nápoles, puso en público el cartel siguiente:

Aquí está don Juan Tenorio,
Y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
A la que pesca en ruin barca,
No hay hembra á quien no suscriba
Y á cualquiera empresa abarca
Si en oro ó valor estriba.
Búsquenle los reñidores,
Cérquenle los jugadores;
Quien se aprecie que le ataje,
A ver si hay quien le aventaje
En juego, en lid ó en amores.

Zorrilla en su *D. Juan Tenorio* ha procurado más satisfacer las exigencias del público que las del arte: atendidas sus brillantes dotes, ¡lástima que no haya pensado más en satisfacer las del arte que las del público!

Zorrilla podía ser todo lo creyente y religioso que trata de suponer la crítica especial de algunos católicos, que tanto se afana por divinizarlo en este sentido;

pero la verdad es que tiene escritas muchas composiciones que echan por tierra las suposiciones más optimistas.

Tétrico pesimismo sobre la vida futura de la humanidad revela su poesía
A una calavera.

En los tormentosos días
De mi mundanal dolor
Medité desesperado
Sobre los sepulcros yo.
Pasé de tumbas á tumbas
De mi porvenir en pos,
Y en todas encontré polvo,
En todas polvo, Señor.
En todas esa sentencia
Que cae sobre quien nació
Desde esos gestos inmóviles
Sin miradas y sin voz.
En todos esos despojos,
En cuya horrible atención,
En cuya eterna sonrisa
De complacencia feroz.
En cuyo todo espantoso
Deletrea el corazón
La triste palabra NADA
Confundido de pavor.
.
Entonces ¡ay! ¿qué nos vale
Que alumbre tan puro el sol
Y en la noche se refleje
La luna en su resplandor?
¿Qué sirve que allá en los bosques
En pintada confusión
Canten en bandos alegres
El mirlo y el ruiseñor?
¿Que los árboles murmuren
En melancólico són
Y esponje á su blanda sombra
Su dulce cáliz la flor?
¿Qué sirve que en blanda arena
Tienda su curso veloz
El arroyuelo que viste
La pradera de verdor,
Y con sus líquidas perlas
Los jazmines jugueteón
Salpique, con que la pródiga

Primavera le alfombró?
¿Que el mar se encorve bramando
De las playas en redor,
Y le azote y le sacuda
Revolto el aquilón?
¿Qué sirve ese cielo azul
En cuyo centro adunó
Mil nubes tornasoladas
En caprichoso montón,
Si todo no es más al cabo
Este universo, Señor,
Que de una inmensa familia
El inmenso panteón?
¿Qué sirve á esa calavera
Una existencia de honor,
Una vida de virtudes,
De crimen ó de aflicción?
¿Qué le vale todo un siglo
De penitencia ó amor,
La corona ó la cadena
Que en este mundo arrastró,
Si el hombre que la llevaba,
Al salir de esta mansión,
Como una máscara inútil
Despechado la arrojó?
En vano la he demandado
Por la infamia ó el blasón
Del dueño que en ese osario
Entre el polvo la olvidó.
Su vago mirar me espanta,
Su sonrisa me hace horror,
Y su boca tiene ahogada
En su garganta la voz.
¿Qué espera? Tal vez lo ignora.
Ahí está al aire y al sol,
Eternamente riendo
De cuanto pasa y pasó,
Al borde de la vereda
Que conduce al panteón,
Diciendo á cada viajero
Con eterna risa:—; Adiós!

El escepticismo que delata semejante composición contradice también lo que asevera el P. Blanco García cuando pretende que todo es inspiración religiosa é idealista en los trabajos legendarios del glorioso vate.

Su poema oriental *Granada*, precedido de la *Leyenda de Alhama*, tiene abundantes ejemplos que niegan las rotundas afirmaciones del fraile agustino. La hermosísima é insuperable obra de Zorrilla, incompleta como ha quedado, constituye, con todo, lo más gallardo y espléndido de su prodigiosa inspiración; y hubiera podido ser una de nuestras excelentes epopeyas.

Don Juan Valera dice que «la narración épica, es una clase de poesía de los tiempos primitivos y que apenas puede darse con espontaneidad en la edad presente, sino sólo por estilo rebuscado y artificioso.» Sin embargo, asegura que, como Zorrilla es el más espontáneo y natural de los poetas, y ha vivido y escrito en el siglo XIX, ya que no pueda decirse que es tal poeta épico, lo es seguramente, más que lírico y más que dramático, á la manera que en su siglo podía serlo; esto es, prestando bellísima forma á singulares casos conservados por tradición ó á lances y sucesos que tienen más de legendarios que de históricos, y que no valen para argumento de una epopeya, «si bien son como residuos y dejos de una verdadera poesía épico-popular, evaporada y disipada antes de tomar forma inmortal y perfecta en tiempo conveniente».

El mismo crítico, como si rebatiera los optimismos cristianos de la escuela ortodoxa, escribe y demuestra — con lo que está hoy de acuerdo la opinión general, aficionada á los estudios de indagación y ciencia — que «hasta en su cristiandad se nota, más que fervor religioso, doctrinas y preceptos de una nueva escuela literaria: de la poética entonces al uso: la afirmación de que lo sobrenatural cristiano, y de que las ceremonias, procesiones y efigies de nuestras iglesias ofrecen y prestan más recursos á la poesía que las divinidades y pompas del paganismo».

Respecto de su inspiración puramente cristiana, hace observaciones muy juiciosas.

El entusiasmo que muestra Zorrilla por el Paraíso de Mahoma en el hermoso cuento oriental que sirve de introducción al poema de *Granada*, supera á cuanto podía decir de los mejores héroes cristianos. No enalteció á ninguno de ellos tanto como lo hizo con el musulime Alhamar *el Magnífico*, primer rey granadino de la dinastía nazarita.

«Ni Júpiter, ni Venus, ni Apolo (palabras textuales del sabio crítico) saludaron nunca más lisongeramente á héroe ó príncipe gentil, que el ángel que surge del fondo del agua y saluda á Alhamar, pronosticándole venturas más altas que las que pudo lograr Alejandro ó César, y diciéndole en nombre de Alah:

En vista rutilante,
Que el universo abarca,
Posada en tu semblante
Desde la cuna está:
Y el dedo omnipotente,
Sobre tu noble frente
Grabó la regia marca
Que á conocer te da.

Naciste favorito
Del genio y de la gloria;
Tu voz es la victoria,
Tu voluntad ley es;
Tu tiempo es infinito;
Tus huellas ineludibles;
Los montes son endebles
Debajo de tus pies.

Ninguna de las obras que produjo después de su vuelta de América, aunque muy notables, demuestran en Zorrilla aquella potente inspiración, aquella grandilocuente forma de versificación, tan espontánea como seductora, que había prodigado en anteriores trabajos, desde el año 37 hasta el 66, especialmente en su maravillosa labor creadora sobre recuerdos de la tradición y de la leyenda. Ella

le dió desde su primera juventud, y le conservará en la pòsteridad su merecida fama, cualesquiera que hayan sido sus defectos.

Su vida, no se puede negar, fué una serie no interrumpida de desgracias y contrariedades económicas. Nacido en Valladolid el 21 de Febrero de 1817, murió en Madrid el 23 de Enero de 1893.

No habiendo estudiado la carrera de leyes, como su padre quería, estuvieron mucho tiempo sin comunicarse padre é hijo, á pesar de la justa nombradía que llegó á adquirir por su excepcional inspiración poética. Su carácter opuesto á toda lisonja y rebajamiento se opuso siempre á que se encumbrara, ó mejor dicho, él lo rechazó siempre con diversos pretextos, siendo á veces su tenacidad como móvil de soberbia.

Él mismo refiere que nunca pidió favor de ninguna clase al célebre González Bravo, siendo así que en todas las alternativas felices de su existencia política iba éste mismo á renovarle la antigua expresión sincera de su consideración y de su afecto.

Estando años adelante en el poder don Manuel Ruiz Zorrilla, hizole una visita el poeta y diéronse á conocer como cercanos parientes. El político quiso favorecer á Zorrilla; y como en todo esto intervino don Juan Valera, es muy interesante lo que ha dejado escrito sobre el particular.

Don Manuel Ruiz Zorrilla era ministro de Fomento. Llamó al señor Valera, director entonces de Instrucción pública, encargándole que buscara para él un buen empleo.

«De dos solos (dice Valera) se podía disponer en mi Dirección: de director de la Biblioteca Nacional y de director del Museo Arqueológico. Pero ambos empleos se hallaban ocupados por otros excelentes literatos y poetas y hubiera sido menester, al colocar á Zorrilla, desnudar á un santo para vestir otro, como vulgarmente se dice.

» Yo, sin embargo, no tenía menor empeño que el ministro en la colocación de Zorrilla, de quien era yo admirador y amigo desde mi primera mocedad, siendo estudiante en Granada.

» Allí vivió él en la misma fonda en que yo vivía, cuando él fué á inspirarse para escribir su poema. Y casi siempre, mientras él allí estuvo, le acompañé, yendo con él á la Alhambra, al Generalife, á la Cartuja, al Sacro-Monte y á la Fuente del Avellano, de la que sin duda el poeta hizo salir más tarde al hermoso Azael, al ángel de las perlas que tantas venturas y grandezas pronosticó y que tan espléndido tesoro regaló á Alhama *el Nazarita*.

» Algo, aunque no fuese tan espléndido, anhelaba yo que se regalase á Zorrilla por ocurrencia mía. Impulsado por este anhelo, tuve una que me atrevo á calificar de feliz. Expuse mi proyecto á Don Manuel, que lo aprobó y me autorizó para llevarle á cabo.

» Fui al punto á ver á Don Cristino Martos, ministro de Estado, y sin dificultad conseguí de su munificencia aun más de lo que yo deseaba. La fundación pia-

dosa de Monserrat, que tenemos en Roma y que el ministro de Estado administra, produce una renta de unos cuantos miles de duros. De ellos propuse á Don Cristino que diera á Zorrilla TRES MIL ANUALES, pero á Don Cristino le pareció poco y concedió CUATRO MIL, con el motivo ó pretexto de que fuese á estudiar aquellos archivos para poder reivindicar bastantes predios rústicos y urbanos pertenecientes á la fundación y de los que se había incautado el gobierno de Italia. Así logramos que Zorrilla viviese con holgura, aunque por desgracia sólo algunos meses.

» Uno de los ministros que reemplazó á Martos redujo á la mitad la pensión concedida al poeta, y otro, más económico y menos poético, redujo la pensión á la nada.»

Fué este período uno de los más agitados de la existencia del poeta. Él mismo lo ha dejado descrito con felices rasgos de su pluma en la segunda edición de sus *Recuerdos del tiempo viejo*.

Había experimentado tristísima pérdida en su familia el 27 de Junio de 1882. Coincidió con aquella desgracia la supresión de su destino en los Lugares Pios españoles en Italia. Enviáronle una libranza de 65 duros que le restaban por cobrar hasta la fecha de supresión del sueldo.

Un gran movimiento de opinión favoreció al viejo y desamparado poeta. El excelente crítico y poeta don Federico Balart, el ilustre vate don José Velarde, el notable novelista señor Ortega y Munilla y el propietario de *El Imparcial*, excelentísimo señor don Eduardo Gasset y Artime, hicieron cuanto les fué posible por mejorar su aflictiva situación.

«Mientras, gracias al Sr. Gasset y Artime (dice Zorrilla) volvía á contar con el pan cotidiano, pasó al ministerio de Estado el señor Conde de Toreno, volvió del extranjero el Sr. Presidente del Consejo de ministros y falleció el del Congreso, Adelardo López de Ayala. Pocos días después del entierro de éste, el Sr. Cánovas del Castillo me envió una carta para el ministro de Estado, á cuya presentación el Sr. Conde de Toreno me dijo: «Por el correo de hoy va á Roma la orden de continuar pagando á Vd. su sueldo; pero tengo el sentimiento de haber tenido que mermar de él doce mil reales, porque las economías ya hechas en la administración de los Lugares Pios no me han permitido devolverle los treinta y seis mil que antes cobraba.» Recibí con gratitud lo que se me daba, y me volví á mi casa, no ya, como antes, resuelto

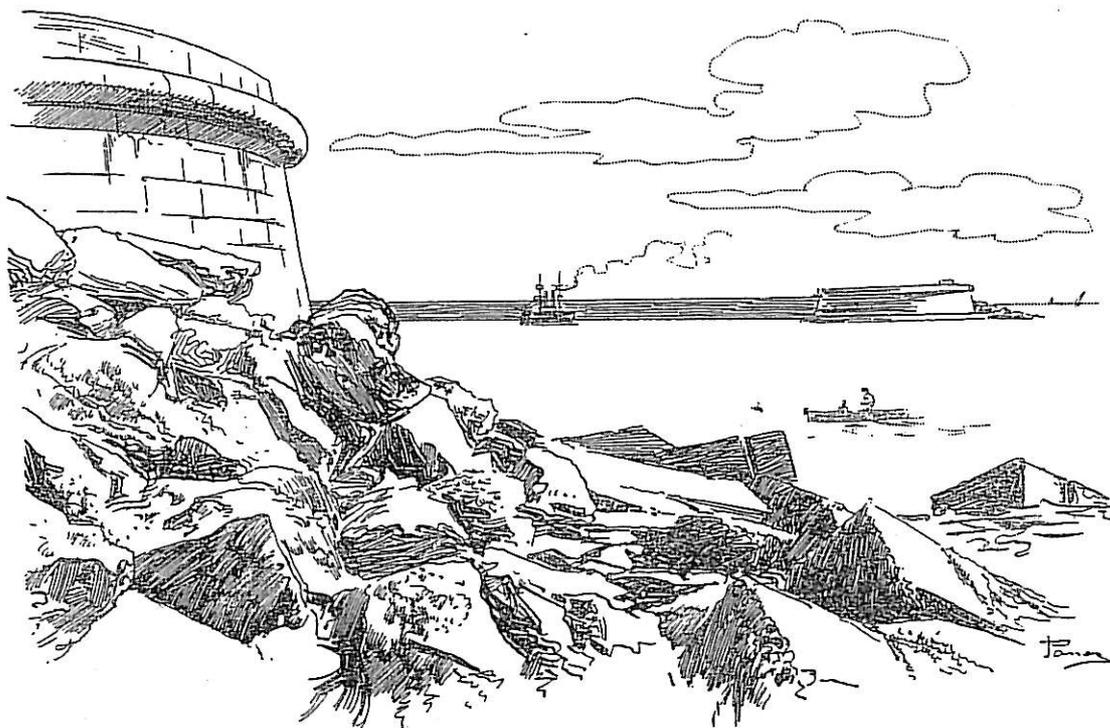
á vivir en el olvido
y á morir en paz con Dios,

como mi edad y la conveniencia de retirarme ya de la arena literaria me lo exigían.»

Hubo personas que echaron en cara al vate lo injustificado de la subvención; pero él se defendió de los cargos con entereza y dignidad.

«Yo no he pedido amparo (dijo) al gobierno para mi vejez, alegando mérito alguno en mis obras: he propuesto esta cuestión: Mis obras han enriquecido á muchos, y mi *Don Juan* mantiene en el mes de Octubre todos los teatros de España y las Américas españolas: ¿es justo que quien mantiene á tantos, muera en el hospital ó en el manicomio por haber producido su *Don Juan* en tiempo en que aún no existía la ley de propiedad literaria?»

Y Zorrilla recuerda con legítimo orgullo que, después de habersele concedido la subvención, siguió trabajando por enaltecer á España con sus obras. «He entregado (dice) concluído en 1873 á los editores Montaner y Simón mi *Leyenda del*



BARCELONA — La boca del puerto.

Cid, que consta de diez y nueve mil versos, y mi *Leyenda de los Tenorios*, que tiene ocho mil; y hoy, cuando lo que de mi subvención me resta no me basta, por la posición en que mi reputación me coloca, recojo los últimos destellos de mi decadente ingenio, los últimos alientos de mis cansados pulmones, y los últimos átomos de honra y de brío que en el corazón me restan, y me arrojo otra vez en los brazos del trabajo, en vez de arrojarme por el balcón, ó en el fango de la holgazanería, á quejarme de la nación y de sus gobiernos, á quienes no alcanza ni obligación ni responsabilidad alguna en la posición en que me han colocado mis circunstancias personales y mis negocios de familia.»

Mucho impresionaron á Zorrilla su triunfal recepción en la Academia Española, las brillantes veladas que se celebraron en el Ateneo y su gloriosa coronación en Granada, como anticipada manifestación de la posteridad ante su presencia.

Zorrilla tuvo singular y purísimo afecto del alma á Barcelona.

Lo dejó consignado en aquellos entusiastas versos por él compuestos y leídos como homenaje á la Ciudad Condal.

Es la muchacha alegre de la montaña,
Sana, robusta y ágil: que, rica obrera,
De un blasón que mancilla servil no empaña
Y un condal nobilísimo feudo heredera,
Tiene al pie de un peñasco que la mar baña,
Y de un aro de montes tras la barrera,
Un campo con mil torres para cabaña,
Por toldo y guardabrisa la cordillera,
Por taller la más rica ciudad de España,
Por mercado las plazas de España entera;
Y obrera que de estirpe noble blasona,
Da á la historia de España su prez guerrera,
El florón más preciado de su corona,
El cuartel más glorioso de su bandera.
Artesana que ciñe condal corona,
En el taller sin penas trabaja y canta;
Con hilos y alfileres hace primores;
En un puño de tierra cultiva y planta
Viñedos y olivares que en vez de flores,
En sus breñas y cerros, lomas y alcores

Diestra escalona,
Cuida y abona
Con cien labores:
Eso, señores,
Es Barcelona.

Barcelona es la reina del mar Tyrreno,
Cuyas ondas azules cubre de lona;

Y á los hijos activos que da su seno,
La posesión del mundo dar ambiciona.

Barcelona es un águila de vuelo altivo
Fénix que, renaciendo de sus cenizas,
Torna jardín su suelo duro al cultivo
Y en palacio sus viejas casas pajizas.

Barcelona, á quien nutre vital exceso,
Late con los volantes de sus talleres,
Se remonta en las alas de su progreso,
Brilla con la hermosura de sus mujeres;
Y cuando Dios se ausenta del paraíso
Y duerme Barcelona de noche, al peso
Del trabajo rendida, sin su permiso
Baja un ángel por todos á darla un beso.

Porque del cielo los moradores,
Mientras los mundos Dios inspecciona,
Al noble pueblo que en sí amontona
Turbas de pobres trabajadores,
Cuyo trabajo con Dios le abona,
Como á una virgen limpia de amores,
Cuya alma el cuerpo casto abandona,

Del huerto Edénico
Con lauro y flores
Tejen los ángeles
Una corona;
Y esa, señores,
Cae de sus manos
En Barcelona.

Síntesis elocuente y expresión de cuanto pueda decirse acerca del inmortal poeta son estas palabras que le dedica don Juan Valera:

«Zorrilla es un singular y altísimo poeta, y no pocos de sus versos se leerán siempre con placer y admiración por cuantos entiendan de poesía y sepan la lengua castellana, que irreflexivamente y por instinto misterioso y semidivino Zorrilla sabía y manejaba mejor que los gramáticos, los retóricos y los filólogos más consumados.»

* * *

Interrumpamos ahora la literatura para seguir con la política.